



SUSURROS DEL ALMA

A. Montefér

Dedicado a mis sufridos lectores/as...

Estos no son susurros, sino lamentos;
algunas veces, risas, otras, lágrimas;
a través de ellos expreso sentimientos,
como floretes en clásicas esgrimas.

Espero que sufran y gocen con ellos
y que al leerlas tú, lector, no te deprimas.

Siempre recordando a TODA MI FAMILIA.

SUSURROS DEL ALMA

**(Algunos pensamientos,
como aperitivo de lo que va a leer)**

*Cuando el alma muere, la persona muere con ella,
aunque siga viva.*

*El peor castigo son los recuerdos en la vejez,
porque o frustran o amargan.*

*Vivimos en un sueño, que para algunos
se convierte en pesadilla.*

La mayor servidumbre es la del dinero o la fama.

*El kármá es insidioso y, tarde o temprano,
cumple su cometido, sin premios ni castigos.*

*En este mundo de materialismo etéreo,
donde sólo existe la crítica en falso quehacer,
donde sólo se aclama belleza en estéreo,
ninguna poesía al lector puede convencer.*

*Ángel Fernández Montero
(A. Montefér)*

EL ALMA

El alma no habla, susurra;
no pesa, porque es etérea;
representa gozo y miseria,
tino, medida y desmedida.

Nadie ve ni conoce el alma,
porque el alma no se examina,
se forja durante la vida,
con las experiencias en calma.

El alma nace sin discernir,
no trae moral definida;
aprende andando por la vida
y cambia al andar su devenir.

Se moldea con cada paso,
en cada error y cada acierto,
verdad o no, con desconcierto,
ni rumbo cierto sin fracaso.

Nace sin el bien aprendido,
ni tampoco el mal señalado;
los distingue en lo que haya andado
y en lo vivido y sufrido.

Así el alma se constituye
sin un destino revelado,
pues su camino se ha creado
mientras la existencia nos fluye.

Y, al final, no hay sombra como tal,
no nos queda esencia guardada,
sólo nuestra huella caminada,
que al vivir nos talla lo inmortal.

LAS TRES ROSAS

En jardín luminoso tres rosas florecían:
rosa, roja y gualda, epatando en duro clamor,
y al resto del parterre, despreciando con rigor,
sus tallos, orgullosos, al viento las erguían.

“Yo soy más deseada”, la roja proclamaba;
la rosa, en tono suave, la acusaba de impudor;
la amarilla hería altiva con áspero rumor;
y el resto del vergel con sus agravios se alzaba.

La roja gritó: “He vencido. Yo soy la más bella”.
La rosa le dijo ufana: “Envidias mi hermosura”.
La de oro despreció: “Envidiáis mi donosura”.
Y, escuchándolas, el jardín ardía en querella.

Competían por reinar sobre cada mirada;
median su perfume con un ferviente esplendor;
les negaban a otras flores derecho a su color;
y el césped fue testigo de esta guerra obstinada.

Llegó la dueña al alba; examinó su hermosura;
y al contemplar tanto fulgor vibrando en su confín,
pensó: “En un lindo búcaro lucirán para mí”;
y cortó las tres con pulso de amor y dulzura.

Cortó sus verdes tallos, sentencia silenciosa;
quitó espinas con mimo, para no hacerlas sufrir;
las puso junto a la ventana, bañada en zafir;
y dejó mal avenidas en agua amorosa.

Lucieron hermosas en aquel vaso de cristal;
brillaron algunos días en luz del ocaso;
juntas y luciendo distantes en un abrazo,
bajo el reflejo de un mismo sol, sencillo y vital.

Mas desde aquel instante, sin savia de su rosal,
la luz que las adoraba fue un lento resplandor;
los pétalos cedieron, arrugados, con temblor,
y el tiempo las sentenció: su podado fue mortal.

Ya cortadas, sin raíz, mal avenidas, callaron,
lloraron, mientras la savia decía: “ya morís”.
Decidme: ¿la más hermosa, si juntas murieron?
¿La más olorosa, si vuestra fragancia cubrís?

¿De qué sirvió su gala hermosa y tan codiciada
si despertó el deseo de poderlas arrancar
de supreciado parterre por verlas destacar
y al fin, juntas, su disputa quedaba igualada?

Ninguna fue la más bella. Un mismo sol las quiso,
y un mismo búcaro albergó hasta su último estertor,

hasta morir sin saber cuál tuvo mayor honor.
Y el jardín, sin rencores, lloró por compromiso.

CALLÉ

Callé para no sentirme amargada;
apagué mi llanto tras tu partida,
como consumida vela encendida,
cuya llama apenas luce cansada;
y el silencio crecía, como herida
que tu abandono me abrió en la mirada.

Callé mi soledad sin alzar la voz;
callé porque me sentía perdida,
con el alma llorosa y afligida.
Y callé y guardé silencio por los dos,
para no acrecentar más esta herida
y tu distancia en definitivo adiós.

Al irte, dejaste mi alma destruida,
mordiéndome mi soledad detenida.
Con paciencia y esperanza añadida,
muy poco a poco yo fui reconstruida,
mas, con tu ausencia, me dejaste excluida,
hasta dejarme sin una salida.

De aquella alegría nada me quedó
y en el reloj detuvo las agujas,

como si fuera la hora de las brujas.
Evito hablar de quien mis ojos vendó,
para no recordar horas amargas
que con su desprecio en mi alma proyectó.

Olvidaste tus juramentos de amor,
igual que falsas promesas negadas.
Te burlaste de las caricias dadas,
dejando mi corazón en un temblor
y mis pupilas de llanto anegadas
al hacer tu abandono demoledor.

Ahora, el mundo me pesa en lo que nombro;
la noche me sentencia en su desvelo;
que el amor es verdad cuando está en duelo,
y escribo mi soledad sobre su hombro.
Mas, si vuelves, no jures otro cielo:
besa mi ruina sin sentir su escombros.

SILENCIO DE AMOR

Amor, guardé silencio al pedirme voz;
mi mudez creció hasta hacerse herida.
Mi sentir era luz recién nacida,
pero su temor apagó el de los dos.

Se hundió en el horizonte diciendo adiós
y apagó aquel nuestro amor sin medida.

Dejaste mi alma temblando, perdida,
como tísico ahogado por su tos

Hoy te vuelvo a sentir como aquel día
en que los corazones palpitaron,
y sangra el silencio sin fantasía.

Pues el amor se apaga cuando enfría.
De pasión sólo rescoldos quedaron
por sentimientos callar aquel día.

LISONJAS DE AMOR

Si por tu amor yo suspirara
y tú por mis huesos gimieras
sin voz, sin piel y sin frontera,
la noche entera me atendieras.

Yo bebería tu quimera
despacio, como quien espera
que el alba, por fin, nos dijera
si el alma también se nos quiebra.

Seríamos llama sincera
quemando lo que afuera espera;
dos sombras fieles, que liberan
en lo eterno, que siempre impera.

Y si la muerte nos mirara,
sintiera piedad y cediera
al ver nuestro amor, y le hablara,
aunque la carne nos pudriera.

RAMO QUE ARDE, VIDA QUE LATE

El joven agrupa, casi en acto de fe,
las rojas rosas que en su sangre son clamor;
cada espina que le hiere, le hace saber
que amar es ir ciego y descalzo hacia el amor.

Con manos temblorosas elige la flor:
una rosa roja que hablará de su ardor,
e imagina el futuro, sintiendo dolor,
si un triste día se eclipsara su color.

Añade otra rosa de color de rosa,
como señal de su amor y su gratitud,
por ser elegido en tan excelsa causa,
al destacarlo sobre tanta multitud.

Recoge otra rosa blanca como un pendón,
cual nieve pura que cae limpia al nacer;
y nota a su pecho estallar con un temblor,
como si su corazón se fuera a romper.

Añade amarilla rosa, signo de paz,
el despertar del alba al empezar a amar,
y frágil poema brillando más atrás,
para enseñar el amor que quiere guardar.

La peonía, que suspira con rubor,
tan frágil como un sueño para desvelar;
y él imagina que el amor es un censor
que exige, para existir, nos debemos dar.

Un clavel rojo, muestra de amor y pasión;
otro amarillo, regalando su vida;
y un rosado, gratitud por su corazón
lleno de delicadeza consentida.

Un girasol, porque gira al sol de su ser,
como llamas que lo iluminan sin temor,
con su vitalidad y alegría al crecer,
que, incluso en su sombra, habla de amor.

Flor de sonrisa luminosa como sol,
guiando sus sentimientos con cálido abrir;
y una azucena azul, misterio en su farol,
le recuerda que para amar hay que sentir.

Añade unos lirios, puros como un altar,
como la esperanza y el miedo a deshacer,
porque flotan como un secreto al respirar,
ecos de emociones que nadie sabe ver.

Añade un tulipán rojo que late fiel,
pasión que lo incendia todo con su rayo,

que se asemeja a un milagro hecho de piel,
promesa que no cederá ante el desmayo.

Y amarillo, como alegría de su ser,
que declarará, sin palabras, su verdad,
su amor sensual, sentimientos, y conocer
que en esta ofrenda sale de la oscuridad.

Un jazmín que el corazón agita de ardor,
aroma dulce con sensación de morir,
que en cada pétalo de semejante flor
le suplicara al alma su último sentir.

La hortensia azul, como gratitud en su voz,
rimas de armonía que la vida deja ir;
y margaritas blancas, como un portavoz,
que une a quienes su amor se atreven a construir.

Elegante orquídea de sublime amor,
prestancia que anuncia su nuevo comenzar;
la blanca hortensia para agradecer su amor,
y que en cada día te enseña a abrazar.

Tantas flores juntas forman un resplandor,
en un ramo que late igual que un corazón;
sus sentimientos palpitan de tanto ardor,
pues en este ramo de flores va su don.

El joven forma, como si fuera mayo,
un ramo, muestra de su ardoroso latir,
mezcla de vida en colores sin desmayo,
como un verso que sólo busca no morir.

Al abrir la puerta, se ilumina de luz;
tanta fragancia le adormece al respirar;
sus ojos titilan con reflejos sin cruz,
pues entiende el mensaje del ramo al mirar.

Y al admirarlo, de su ser le cae un haz,
una tibia explosión de perfume y color;
una turbación le recorre sin compás,
y su mirada se quiebra con puro ardor.

Sus mejillas se encienden llenas de rubor;
esboza una sonrisa que quiere brotar;
abraza el ramo como quien guarda un honor,
saboreando el instante sin enfrentar.

Sus rojos labios se entreabren sin temblar,
como quien saborea el borde del ayer.
Cuando recoge el ramo parece volar,
porque en cada color su amor siente crecer.

“¿Cómo hiciste este ramo?”, rompe con su voz,
quebrada como un río presto a desbordar.
Y él apenas sonríe, tímido y feroz,
pues desconoce cómo su amor entregar.

Le toma la mano, con suavidad de mar,
y susurra un tenue “gracias” hecho de flor.
Él descubre que el mundo le empieza a calar
y que la vida cabe en un gesto de amor.

Ella lo abraza en un corazón de fuego;
el bello ramo vibra entre ambos su latir;

y él siente que su vida sólo es un ruego,
donde el amar duele tanto o más que el vivir.

Ya que el ramo es su vida con su resplandor,
frágil tejido de momentos al soñar,
cuyo recuerdo también produce dolor,
pues consiste en entregar todo para amar.

Porque ese ramo es la promesa de un altar,
es la unión de la vida misma con la flor,
un tejido lleno de instantes, que al amar
vuelve eterna la fragilidad del valor.

Así, observando flor tras flor, se aprende a ser,
como mirar un jardín que nunca es igual.
La vida parece un ramo que, en su ofrecer,
resulta fugaz, eterno, puro y carnal.

DIÁLOGO ENTRE ALMAS ENAMORADAS

Si yo, por fin, pudiera hablar contigo,
o imaginara que tú me respondes,
este será el diálogo que predigo,
imaginando tu voz en acordes:

Yo:

“¿Me aguardas donde acaba este quebranto?

¿O soy un delirio atado a la pasión?”.

Ella:

“Te espero donde el tiempo ya no es llanto,
donde amar no conoce la negación”.

Yo:

“¿Me escuchas si me quiebro en el silencio?
¿Sientes cómo mi amor cruza la extensión?”.

Ella:

“Te oigo incluso cuando frustras mi aprecio,
soy tu credo si decae la razón”.

Yo:

“¿Te duele mi dolor y no te asombra?
¿O es que ya no llega el mundo hasta tu luz?
¿Eres tú o es mi pena que te nombra
para no enloquecer portando esta cruz?”.

Ella:

“Soy más real que el miedo sin medida,
luz paciente que ilumina donde voy.
Me duele no juntarnos en tu vida,
pero tu amor me persigue donde estoy”.

Yo:

“Entonces, dime: ¿es esto mi condena?
¿O es un extenso rodeo hacia tu paz?”.

Ella:

“Es sólo amor, que aprende otra manera
de no morir nunca, ni desesperar”.

LLANTO DEL NIÑO PERDIDO

Fuimos a un centro comercial
mi tata, mis papás y yo;
pero hubo un correr torrencial,
que de mamá me separó.

He perdido a mamá y papá,
chillo al mundo en puro llanto.
La plaza aumenta de pronto,
y el miedo cae y me atrapa.

¿Y mamá, que no la veo?
¿Dónde están mi mamá o papá?
Tampoco está aquí mi tata...
¡No están y yo me bloqueo!

¡El suelo se abre y me traga!
Al cielo grito mi nombre,
pero nadie me responde,
y mi grito nadie apaga.

Chillo muy fuerte, grito alto,
mas nadie ve mis lágrimas.
¿A dónde han ido mis papás?
No aparecen a mis gritos...

Los reclamo acongojado,
con angustia que me llena

y sube por mi garganta,
hasta entrecortar mi llanto.

Llamo fuerte, ¡nadie viene!
Mi voz me rompe el ombligo.
Antes tenía un abrigo,
hoy, su manto no me tiene.

¿Dónde quedó su amor sano,
ese cordón tibio y claro?
Se partió, y quedé solo,
con miedo suelto en la mano.

Antes sentía su calor,
ahora nada me responde,
me arrastra, rompe y me esconde.
Mi voz se cae de dolor.

Me faltan sus manos tibias;
sólo el frío me responde,
con temor que el llanto esconde
sin cariñosas caricias.

La gente es grande y me mira;
sus ojos pesan, me rompen;
sus ojos miran y muerden;
sus caras son de mentira.

Sus cuerpos son grandes cuervos,
me miran; todo es extraño;
me escondo como un huraño.
No confío en rostros nuevos.

No son míos, no me quieren,
me da miedo que me toquen.
No quiero que ellos me observen.
¡Tengo miedo a que me lleven!

¿Dónde está mi sitio bueno
donde el pecho me divierte,
donde mi miedo se pierde;
dónde está mi abrazo lleno?

Rabia y pena son un broche
que empuja dentro del pecho;
y, llorando sin derecho,
quiero pegarle a la noche.

Se cortó el hilo profundo,
caigo y nadie me sostiene;
murió lo que me mantiene
y desmoronó mi mundo.

Me froto los ojos llorando,
me arden como en un rasguño;
me los froto con un puño,
para limpiarles su llanto.

¿Hice algo malo yo?, pienso;
por eso me han apartado.
Vuelvo a frotar desgarrado,
y permanezco muy tenso.

Busco amor a cabezazos,
un sí o un volver temprano.

El mañana esta lejano,
sin voces, sin pan ni abrazos.

Quiero que el mundo se calle,
deshacer mi oscura noche
sin escuchar un reproche.
¡Quiero que mami no falle!

Me enojo, pateo el suelo,
la rabia quema y me parte
con una impotencia que arde.
Pego al aire, muerdo el duelo.

Luego, no puedo ni gritar;
me apago; me hago muy chico.
Me enrabieta y lo complico,
soy chiquillo, sin importar.

Seguro que hice algo malo
y por eso ya no me amen,
ni nunca más me regañen.
¡Que vuelvan como un regalo!

Soy un chiquillo que tiembla,
un ruido sucio, perdido;
como mascota cedido,
que nadie quiere o contempla.

Seguro, hice algo terrible,
por eso ya no han venido
y por eso me han perdido.
¿Es que yo soy tan horrible?

Mami, ¿qué es lo que hice tan mal?
¿Por qué me castigas así?
¿Soy un niño malo, mami?
¡Seré un niñito formal!

Aunque no sé lo que habré hecho,
juro que nunca lo haré más.
No lo volveré hacer jamás
si no me dejas sin techo.

¡Dime que es lo que te hice mal!
¡Mami, por caridad, vuelve!
Esta gente se revuelve,
¡tengo miedo a que me hagan mal!

El futuro es un desmadre.
El mañana será un pozo
con dientes en cada trozo,
¡sin cuentos, sin luz, sin padre!

Oigo gritos, giro el cuello,
examino cada pieza.
Pierdo afuera la certeza
que vivía en algo bello.

Escucho pasos y muero.
Oigo pasos, agitado,
con corazón desbocado,
en un latir que no quiero.

Todos me miran, me siguen.
El mundo quiere llevarme;

monstruo que quiere arrastrarme,
haciendo que me atosiguen.

Todos gritan y ensordecen.
Todos quieren asustarme.
Alguien la mano me coge,
y mis pies no la obedecen.

Alguien me habla con voz dulce
y por temor no la escucho:
“De extraños no fiarte mucho,
pues sólo al mal te conduce”.

Busco brazos en el aire,
pero el aire no me agarra,
aunque me tiende su garra,
mientras lloro mi desaire.

Mi cuerpo tiembla completo,
lleno de un miedo sin nombre;
me temo que pasaré hambre,
sólo de llanto repleto.

Y, cuando ya no soy nada,
cuando me rompo del todo,
una voz escucho al fondo,
que grita desesperada.

Oigo mi nombre en milagro,
sonando en voz conocida
tantas veces escuchada;
feliz, a ella, me consagro.

Y, de pronto, ¡nombre y risa!
se abre el aire en un segundo.
Dos brazos cosen mi mundo
y muere mi llanto aprisa.

Dos manos vuelven mi mundo;
cosen mi cielo rasgado
y luz de mi mundo amado
en la mitad de un segundo.

Por perderlos, por ser malo,
aún lloro y les pido perdón.
Gimo y pido su compasión,
por no serles un regalo.

Sollozo aún, pido abrazos,
por haberles hecho daño.
Me devuelven a su apañó,
y yo renazco en sus brazos.

Me aprieto fuerte a su pecho,
vuelve su amor a salvarme;
ella su amor vuelve a darme,
y ya no existe despecho.

LA AUSENCIA

Hay una silla vacía;
una silla que aún espera,
que conversa con la ausencia
de quien fue mi luz y guía,
como una fiel enfermera
que guarda intacta presencia.

Con la paciencia de un duelo,
su ausencia nunca la altera,
aunque nadie sienta el celo
y su verso la ahogue entera.

La tarde gris la rodea,
cae en lentitud tardía
como en un rezo sin su altar.
Sólo cambia de manera
la llama que en ella ardía
cuando yo te escuchaba hablar.

Nadie se atreve a ocupar
ese hueco de tu nombre
y si te intentan reemplazar,
harán que hasta el polvo te honre.

Tu ausente presencia me ahoga
y me quema la garganta;
silencio sin voz que sangra;
rumor que a mi alma desfoga

con su recuerdo que implanta
y la mente me abigarra.

Así me enseña a recordar
que el amor no se retira,
sólo cambia su despertar
cuando contra él se conspira.

Tengo tu llave oxidada,
llena de herrumbre, y mi pena
duda al borde de mi mano
ante la puerta cerrada,
que en tu ausencia es la condena
de un castigo cotidiano.

No cierra lo que envenena,
ni resuelve lo que perdí,
sólo en mi mente enajena
todo el tiempo que en ti invertí.

Pero insiste en estar aquí,
como promesa olvidada
que me abre un cuarto del ayer.
Me guarda un tal vez para mí,
como puerta abandonada
cuando te fuiste sin querer.

Mi escritura es pasajera,
muere en el fondo de un cajón,
en amnesia placentera
que adormece con su aguijón.

La ciudad es como un papel
doblado por el cansancio,
mapa sin una dirección.
Su inexactitud es muy cruel;
sus calles miden mi insomnio
al andar en cada estación.

En la ciudad deshojada
busco esa, tu voz esquivada,
que mi ser cree olvidada
y su recuerdo cautiva.

Aún me duele tu condena.
Estoy sintiéndote en la piel,
tatuaje que me conduce
a interpretar sin escena
un gesto, un eco, tu papel,
que el recuerdo reproduce.

Y en su caos aprendo, amor,
que quien ama nunca rehúsa,
aunque hacerlo cause dolor
porque su mente le acusa.

Un libro queda a la espera.
Un libro quedó a la mitad,
como nosotros quedamos
al llegar tu muerte artera,
sin leer para la eternidad
todo lo que tú y yo amamos.

Por la mitad de ese querer,
o que el silencio dijera,
no lo supimos bien leer
ni oír su voz mensajera.

Ahora releo su verdad
en márgenes de silencio,
como en una antigua canción.
Y descubro mi vaciedad
si tu imagen no presencio
ni late en mí tu corazón.

Amar también es intento,
porque incluso al decir adiós,
se escribe un nuevo comienzo,
aunque no me alcance la voz.

Cruje el rumor de escalera
como un regreso que miente,
sube un paso, baja el miedo,
se adosa a mi cabecera
y me detiene, impaciente,
el corazón, sin remedio.

Lo que duele y no es ausente
revive en cada cadencia
con su recuerdo frecuente,
que me arrastra a la demencia.

Y el corazón, sin defensa,
cree en la espera sincera,
aunque el tiempo no perdona

y tu ausencia es muy extensa.
Si olvido, que al menos quiera
tu amor, que aún me conmociona.

No reniego de la herida,
porque me ha hecho comprender,
con su mortal sacudida,
que el amor también es perder.

Que el amor, cuando es profundo,
no se rompe dentro de mí,
ni devolverá lo que fue,
aunque se parta en el mundo,
al vivir sin negarte en mí,
mientras yo me mantenga en pie.

Sin dejar de estar amando,
aunque no aprenda a renacer,
yo sigo vivo esperando
la emoción de volverte a ver.

RAÍCES

Bajo un apacible viento
canta el trigo su memoria,
manos viejas siembran tiempo
en surcos llenos de historia.

La tarde cae despacio
en la pared encalada,
y un sillón aguarda recio
a quien ya no está sentada.

Aprendí a ver a mi madre
doblar sábanas en orden
hasta alcanzar un encuadre
y abolir todo desorden.

Afuera hay ropa tendida,
que con suave brisa ondea;
los grillos cantan en su huida
y algún lagarto pasea.

La abuela enciende su fogón,
que huele a ceniza y llanto,
mientras él, con fuego tragón,
habla de un pasado santo.

Huele a sopa recién hecha,
café, sudor y refajo.
La radio emite una copla,
que yo cantaba muy bajo.

El aceite hierve lento
sin llegar a calentarse,
cual despertar del talento
que no debe apresurarse.

Se ve una foto torcida
presidiendo la cocina,

como cenicienta caída,
prisionera de hornacina.

La pared no oye, vigila
cómo cruje la escalera,
si el que habla duda o vacila
cuando oye la cafetera.

Cruje el suelo de madera,
rezo antiguo en cada paso,
como si la casa entera
respirara su pasado.

Un mantón duerme en armario,
negro de pena y de luto,
con recuerdos en silencio
y pensamientos sin fruto.

Lo bordaron con cariño
y palabras que no hablaron,
como quien mece a un niño,
cuando su vida entregaron.

El reloj de la cocina
marca un tiempo que no corre,
y entre su lenta rutina
pronto la noche recorre.

La casa de nuestro olvido
es gesto, llanto y devoción,
historia que no hace ruido
pero vive en el corazón.

Así la sangre recuerda
lo que el olvido le negó:
somos palabra heredada,
voz del pueblo que se quedó.

EL TIEMPO DORMIDO

El tiempo es un jardín siempre absorbente,
donde el ayer parece marchitado;
sus pétalos susurran lo olvidado
con voz de musgo viejo y persistente.

Transcurre, adhiere y funde el pavimento,
igual que la magnolia mortuoria,
cuando sus raíces devoran la historia
en la pulsación febril del cemento.

La ciudad es un bosque de ceniza
donde el tiempo gotea en las farolas;
las horas son los mendigos que, a solas,
mastican su luz de herrumbe enfermiza.

Mi sombra, como un perro, se eterniza
oliendo antiguas aguas en farolas,
portales, jardineras y amapolas,
del sueño que la pesadilla riza.

Camino entre sus sombras, cual vidente,
con un reloj de arena entrelazado,
donde los granos caen como un dado
que apuesta el alma al polvo indiferente.

La tarde es un espejo que agoniza;
me nombra con la luz que se deslía,
con sombras que cada día desvía,
igual que un pan el hambre me suaviza.

El anochecer, con pulso vegetal,
late en los charcos, sueña en el cemento.
En su claroscuro, es cada momento
como un liquen obstinado y visceral.

La noche es copa de alquitrán sediento,
que bebo en avenidas sin memoria;
los semáforos rezan con euforia,
como avisos luminosos del viento.

Sueñan relojes rotos en portales,
llenos de polen y óxido en las venas,
que en sus segunderos hacen escenas
y sangran calendarios siderales.

En lo doméstico, comida y cenas,
crecen lirios con sombras espectrales,
como alegres fantasmas sepulcrales,
que florecen con su culpa y sus penas.

Y en lo normal, un gesto, una vajilla,
la vida es como ese árbol que se enfría

y despacio se pudre cada día,
soñando ser raíz mientras vacila.

En los gestos mínimos, risa, aliento,
la vida es como una planta magistral,
que florece arrebatada por mistral,
hasta que aprende a pudrirse en el viento.

ALMA EN RUINAS DEL SER QUE NO ES

No nací: fui desprendido
de una pregunta sin razón;
así en el mundo he nacido,
como el error de un corazón.

Me bebo el llanto del aire
como un veneno que da Dios;
mi corazón, sin donaire,
es el féretro de mi adiós.

Y me despierta en la ausencia,
me deja su sombra rota,
pues yo siento su presencia
al echar mi alma devota.

El tiempo, en una querella,
clava sus clavos de pensar

con ideas de centella
que no se dejará encerrar.

El tiempo no pasa: muerde,
rumia ávido mi identidad;
cada segundo me pierde
con su tirana autoridad.

Estoy harto de quejarme,
de soportar con mi razón,
de procurar encontrarme
en pensamientos con perdón.

La noche me hunde sus uñas,
corta en mi garganta la voz
y aplasta con sus pezuñas,
pateándola como un dios.

En lo oscuro, muerde el nombre
con sus dientes de abandono,
sangra un reloj, sin que asombre,
el corazón que arrincono.

Vivo a fuerza de costumbre,
donde respirar es deber,
es como una servidumbre
que ninguno quiere tener.

Hay un grito que no nace
que me pudre el pensamiento
y en féretro se deshace
guardado en mi sentimiento.

Como pájaro sin sombra
que picotea recuerdos,
y una luna que no alumbra
duerme en mi cáliz de enredos.

La soledad no me sigue:
yo le doy su forma de andar
cuando en mi mente el silencio
aprendió a llorar sin parar.

La soledad no es silencio:
es un animal que acecha,
duerme junto a su desprecio
y me vela en su cosecha.

Camino solo a lo largo
de un pasadizo sagrado
que huele a largo letargo
y un olvido no cerrado.

La tristeza tiene forma
de caballo sin jinete,
galopa sin una norma,
dejando polvo en mi mente.

Siento su mirada acerva
de tanto aguantar mi altivez,
porque soy yo quien me observa
desde el fondo de mi avidez.

Camino arrastrando el alma
como un abrigo mojado,

nadie me espera en la calma
y me siento acongojado.

Busqué sentido en los nombres,
en algún amor y en la fe;
mas se pudre y bate cobres;
un recuerdo más del ayer.

Dios fue una hipótesis triste
que se aburrió de esperarme;
cerró la puerta del mundo
cuando aprendí a preguntarme.

Fracaso al ser indigente
sin un motivo ni final;
ser un grito inteligente
en este pozo irracional.

Decepción: raíz sin agua
aullando bajo la tierra;
su voz se apaga en la fragua
con su sed que nadie encierra.

Frustración: pan sin milagro,
rezado con hambre y rabia.
Muerdo el polvo de lo sacro
como una imagen que agravia.

Todo lo amado se rompe;
el recuerdo es un cuchillo
que sabe dónde dolerme
con cuchilladas sin brillo.

Estoy solo, sí; tan solo
que hasta Dios pasa de largo
y deja el alma que inmolo
colgando de su letargo.

Y en este cuerpo sin nadie,
donde el alma habla en espejos,
soy un niño y un donnadie
abrazando mis reflejos.

Sí, en mi corazón sin casa,
con puertas abiertas sin fe,
soy un crío que fracasa
pidiéndole luz a su ayer.

Y si mañana despierto,
y al despertar, aún sigo yo,
de la vida seré experto,
porque nadie mi queja oyó.

SUEÑO DEL CAMINO OSCURO

La luna bajó a la fragua
con su polisón de sueño,
y en cada pupila fatua
temblaba con voz sin dueño.

Una navaja oxidada
dormía bajo el romero,
y el aire, que la miraba,
sangraba con el lucero.

Voy caminando despacio
por un sendero sin ruido,
la tierra guarda un espacio
que el tiempo dejó dormido.

¿Quién sembró tanta distancia
entre mi voz y su grito?.
El corazón sin su estancia,
la razón hecha infinito.

Ay, qué noche sin costillas,
ay, qué corazón sin cuerpo;
la sangre se me hace astillas,
como un arco prisionero.

Las campanas no repican,
lloran hierro y desaliento,
como avispas que me pican
junto al tiempo del recuento.

La luna clava su acero
sobre el agua del olivo,
alguien lee un romancero
y llora el viento cautivo.

“No mires la luna, niño,
que te muerde con su fuego”.

Mas la luna, en su corpiño,
lo observa en su ciego ruego.

En las iglesias y altares
se desangra el tiempo lento,
y la muerte, con cantares,
va afinando su lamento.

Las tristes sombras de pena
arden bajo el cielo herido,
huele a bizcocho de crema
y a destino malherido.

Locas estrellas suspiran,
el viento calla en el río,
dos soledades se miran
desde un mismo desvarío.

La luna observa creativa
en un patio recogido,
pero el alba, pensativa,
pone luz en mi camino.

Caballos negros relinchan
con cuchilladas de viento,
la madrugada se astilla
sobre un clavel ceniciento.

Amanece sobre el huerto
con su sabor a un ensueño,
nadie pregunta qué ha muerto,
todos saben que fue un sueño.

ALUD, AVALANCHA DE NIEVE

La montaña con su albura
siente en su capa de nieve
que tiene exceso de altura
y ha de vomitar en breve.

No soporta su blancura;
como un cristal que se enfría,
tiembla su nieve en premura,
dispuesta a caer un día.

En la cima, donde el mundo
se aguanta la respiración,
la nieve, a cada segundo,
cruje sin caer a traición.

Allí donde el viento ruge
como en una despedida,
la nieve inicia su empuje,
blanca, muda, suspendida.

Con un latido mínimo,
de pulso que rompe el pacto,
la montaña en un racimo,
la bestia alerta en el acto.

Primero es soplo, es susurro,
un roce leve que avisa

con garganta de sulfuro,
de voz antigua y sumisa.

Empieza en un temblor leve,
un murmullo en la ladera
que quiere su piel eleve
ondeando su bandera.

Un copo cede, otro escucha.
La montaña parpadea.
Algo muere en su capucha,
un rumor que no era idea.

Luego cede, corre, ruge,
se desplaza, se condena;
levanta estruendo que cruje,
anticipo de su escena.

Y, en un momento trágico,
se desprende de la altura,
crece y corre sin tráfico
cuando encuentra su abertura.

Cual techo que tapa el cielo,
sin cauce, sin ley, ni orilla,
cae como oleaje ciego
que arrasará cuanto pillá.

Su voz, órgano monstruoso
con mil pulmones de hielo,
astilla y rompe impetuoso
la nieve, sin ley ni cielo.

La ladera se le entrega
como un cuerpo que se inclina.
Crece al caer, se despega
y multiplica su inquina.

Ya no baja, se abalanza.
Ya no suena, grita, brama.
Las vidas pone en balanza
si dificultan su trama.

Cada metro le da hambre,
cada giro le da prisa;
la nieve aprende en la cumbre
su cauce y cada cornisa.

Cada instante es más pesada;
en cada giro, más feroz.
Con la pendiente se enfada
y su furia la hace veloz.

Baja con gran velocidad,
su peso le da artificio,
y la avalancha, en cantidad,
superará cualquier juicio.

No baja, se precipita.
Ya no suena, vocifera;
un trueno blanco que grita
con mil tambores de guerra.

Los pinos alzan los brazos,
las rocas rezan de prisa,

el valle abre los dos ojos
y la sombra se le anida.

Los árboles, aplastados,
se doblan antes de morir;
las rocas, con gritos alados,
son tragadas sin esculpir.

La nieve blanca parece
en un imparable avanzar,
que su tronar enardece
sin dar tiempo para rezar.

Todo es sensación anormal,
como furia que patina.
La avalancha es un animal
sin corazón ni pupila.

Hay algunos esquiadores
esquiando en la pendiente,
pronto seres perdedores
tragados rápidamente.

Sólo puntos en la nieve:
unos quietos, sin poder huir
o con un surco que hiere,
el alud contemplan venir.

Ven llegar la pared blanca,
sienten cómo el tiempo grita.
El miedo muerde y estanca
con su locura que excita.

Unos alzan la cabeza
y el terror se ve en sus ojos;
ven el alud con rudeza,
decidido a hacer despojos.

La avalancha los ciega,
no se oyen, se pisotean.
Los bastones, en refriega,
la nieve apenas rodean.

Pronto, su valor reniega.
El alud les pisa el nombre.
La velocidad se niega;
la montaña no responde.

Con terror, clavan bastones;
los esquís muerden la nieve,
como el que abrocha botones
en un descanso muy breve.

Bajan rápidos, veloces,
con corazón desbocado
y unos temblores atroces,
en un descenso alocado.

Detrás, corre nieve mortal,
formando una pared viva,
un océano vertical
que ya se les viene encima.

Miedo en esquís avanza,
pero la avalancha vuela,

y la nieve los alcanza,
los desarma y los tutela.

Un hombre rueda hacia abajo,
manoteando los brazos,
golpea con un cascajo
y el cuerpo se hace pedazos.

Como muñecos de trapo
se alzan en el aire y caen,
aplastados como un sapo
al que las patas contraen.

Uno cae, otro se vuelve,
para, lo ayuda... Error mortal:
la blancura los envuelve,
sin forma, pero con final.

Otro cae, otro lo llama.
La voz se quiebra y no llega
en este infierno sin llama,
que se traga lo que pueda.

Bastones y esquís se pierden,
los cuerpos caen y giran,
las almas rotas descenden,
mientras la avalancha miran.

La nieve, en pulso homicida,
sin piedad les cae encima
con abrazo fraticida
que con su muerte culmina.

La nieve les tapa el pecho
como una mano que aprieta.
Frío dentro, oscuro lecho,
silencio que nada inquieta.

Piensan en casa, en sus penas,
en una frase no dicha.
Algo se mueve en sus venas,
inicio de su desdicha.

El aire desaparece.
El ruido se vuelve denso.
El tiempo en su ser perece.
La vida queda en suspenso.

Luego, sienten un gran peso,
que los recubre y sepulta.
No duele, más deja preso.
No besa ni abraza: aprieta.

Piensan el momento final,
en el calor del verano;
la sangre latiendo letal
en el corazón humano.

Asfixia, pulmones que arden.
Manos que no encuentran nada.
Un silencio que comparten,
cayendo como una espada.

Como sangre en los oídos
y negrura en los párpados,

oyen sonidos perdidos,
que su tumba hace apagados.

Ahora, la montaña calla.
Abajo, no queda nadie.
La respiración les falla
antes que su vida cambie.

Al ser sepultados, sienten
cómo el mundo los despide,
y la muerte la presienten
porque su mente lo pide.

Y, al final, nada se mueve.
La ladera queda lisa.
El alud duerme y se mece,
ahora sin ansia ni prisa.

Sin embargo, esa avalancha
no vive sólo en la nieve;
es de la mente revancha
que las ideas remueve.

Pero escúchalo bien dentro:
no todo acaba en la ruina.
Pues hay un alud siniestro
y avalanchas con rutina.

Caos de ideas sin orden,
que crecen, rugen, dominan
y sepultan en desorden.
Y asfixias que nos arruinan.

Ideas sueltas de golpe,
con pensamientos sin control,
que se agrandan al galope
e iluminan como un farol.

La mente, como ladera,
tiembla antes de su derrumbe,
como el alud que es quimera
si la idea se hace cumbre.

Al quedar todo arrasado,
puede quedar un espacio
que el exceso ha desplomado
y aparecerá despacio.

Dentro de un silencio fértil,
con la medida de un sastre,
borrando la idea estéril
que sobrevive al desastre.

Mas, igual que en la montaña,
en su exceso hay una semilla:
que entre el caos no se engaña
y nace una maravilla.

Pues, quien sobrevive al alud,
de nieve o de pensamiento,
aprende a encender su luz
como genio en movimiento.

Sólo el que ha sido enterrado
por demasiadas ideas,

deja de estar encerrado
y aprende a hacer aldeas.

LA LEYENDA DE DULLAHAN, EL JINETE SIN CABEZA (mito irlandés)

Era el año de la hambruna,
del salmo de barro y hueso,
cuando el pan era una bruma
y a nadie quedaba queso.

Cayeron cuerpos sin nombre,
rezos rotos, pan amargo,
y dieron a un oscuro hombre
la sentencia por encargo.

Cuando el pan era un recuerdo
y la fe un cuervo sin alas,
lo juzgaron en acuerdo
y brujo hicieron sin galas.

Su brujería era siembra
de la tierra sin un grano,
con esterilidad de hembra,
en un infértil pantano.

Él juró por su inocencia,
mas ninguno le hizo caso.
Para vengar su sentencia,
juró matar sin descanso.

No tuvo culpa su cuello,
fue el miedo quien le dio el tajo;
rodó su testa al degüello
con silencio de legajo.

Nadie miró su pecado;
sólo tuvo un juicio humano,
y el cuerpo cayó pesado,
sin un cabezal hermano.

De rodillas ante el tajo,
su cabeza colocaron;
con un golpe de badajo,
y del cuerpo la apartaron.

El hacha besó su carne
como un relámpago humano;
su cabeza hacia delante
sin ningún cuerpo mundano.

Lo enterraron muy deprisa.
Lo enterraron sin campanas,
en donde no da la brisa
y nunca nacen fontanas.

Con plegaria poco usada,
que se reza en desencuentros,

su cuerpo, en tierra quemada,
sepultaron entre muertos.

Ajeno, reza en su tumba
que muy pronto aprendió a callar;
y en cada noche retumba,
pidiendo su cabeza hallar.

Ningún sepelio se acuerda,
ni un responso necesario;
pero la noche recuerda
lo que olvida el calendario.

En su descanso acuerda
firmar pactos con los muertos
y, desde entonces, recuerda
que deberá hacer entuertos.

Cuando el calendario sangra
y calabazas vigilan
con ojos huecos de cabra,
salen los cuerpos que abrigan.

Y emerge, decapitado,
pero no sin su memoria.
Y el Dullahan degollado
cabalga sobre la historia.

Las campanas ya no suenan,
tañen silencio de augurio;
las gentes el paso aprietan,
para evitar su infortunio.

Cada Halloween, la tumba
abre su subterráneo,
surgen de su catacumba
sus hombros sin su cráneo.

Como heraldo de la muerte,
que cabalga un corcel negro,
le grita al cielo su suerte,
devastado en cada ruego.

Su cabeza degollada
sirve de linterna y farol
si del pelo es agarrada
con una mano de charol.

Susurra el nombre que apresa,
como un anuncio inminente
que al brillar sus ojos cesa
ante la muerte evidente.

Como augurio de una muerte,
si aparece, es mala señal;
pues, si se detiene al verte,
tu existencia será mortal.

Bajo el brazo lleva el cráneo,
pálido, atento, esperando;
no es de ningún foráneo
con su sangre aun palpitando.

Pálida, alerta y hambrienta,
con los labios entreabiertos,

como una copa sedienta
que espera llenar desiertos;

Su cabeza busca y piensa.
El cuerpo consigue caza;
la medianoche compensa
toda el hambre que lo aceza.

Dirige el cuerpo con hambre
a cumplir su cruel destino.
La boca le sabe a sangre,
el cuerpo aprende el camino.

Avanza en dignidad rosa
de quien perdió su corona;
y en sus brazos aún reposa
lo que antes fue su persona.

A medianoche cabalga
sobre su corcel malvado;
sin tener rostro que valga,
ni algún relincho sin su amo.

Enarbola un brutal sable,
agitándolo en el aire
con ademán implacable,
mientras galopa al desgaire.

Los cascos suenan a hierro,
golpean nervios y charcos;
quien oye su canto fiero
se olvida de tener flancos.

A veces, su alazán negro,
como un juramento roto,
descabezado ojinegro,
corre sin ver por el coto.

Relincha sin tener boca
al saludar a la muerte,
y a la vida desconvoca
al relinchar de esta suerte.

Si escuchas sonar sus cascos,
no aguardes a su invitación;
pon tu cabeza en sus sacos,
sin quitarle la tentación.

Acomete al caminante
con su cabeza en el brazo,
y no vive ni un andante
ante tal encontronazo.

Persigue a los que lo miran,
a los que se hacen preguntas,
y al ver su cuello suspiran
con ideas infecundas.

Si uno atraviesa su senda,
pagará interés de carne;
pues su cabeza sin rienda
se alimenta del descarne.

No sólo del imprudente,
sino su linaje entero;

sin ningún superviviente
deja apellido postrero.

Otras noches, guía un carro
de costillas y de tibias
tirado por seis bizarros
espectros de otras insidias.

Caballos sin piel ni barro
y belfos quemando biblia,
corriendo sobre guijarros
y hábitos de una novicia.

Un carro hecho de los huesos
de los que fueron víctimas;
arquitectura en museos
de sus momias distinguidas.

Agita una espina dorsal
como látigo de azotar
cuando, con galope brutal,
sus corceles va a fustigar.

Galopan los seis corceles
escupiendo espuma infernal;
blanca lepra de sus pieles,
como símbolo de su mal.

Algunos de esos caballos,
con su cráneo que brilla,
sin piel, galopan cual rayos,
obedientes a quien guía.

Cada noche, el mundo exhala,
con su párpado cansado,
su último aliento y propala
la leyenda que he contado.

Por donde pasa el Dullahan
el aire enferma de pronto;
la gente comprende su afán,
la sangre recuerda el polvo.

Empuñando un sable en alto,
decapita las cabezas
con el tajo de un asalto,
que a las gentes descabeza.

Por donde pasa el jinete,
la vida a todos enferma
y la sangre compromete
en pestes sin su cuaresma.

Si lo miran, da la vuelta,
no perdona al observador:
de su presa toma envuelta,
como cualquier acechador.

Mas es avaro el espectro,
ama el peso del vil metal;
con monedas compran días,
mas no compran la eternidad.

Ironía del infierno,
tintineo de monedas,

como música de averno,
y con su tregua te quedas.

Con un puñado de valor
puedes comprar su desprecio:
unos días más de calor,
como quien hace comercio.

Dicen que estuvo en Escocia
con reflejo de vasallo;
con Ewen, caído en desgracia,
sin cuello él y su caballo.

Ewen galopa a su lado,
en caballo degollado,
pisando cada sembrado,
con gritos de desollado.

Aúllan juntos en la niebla,
cazan sin rostro ni llanto,
y cuando la tierra tiembla,
matan alguien sin quebranto.

Cuentan de una leñadora
que oyó un cuerno a su costado;
con mirada aterradora
vio su testa de apestado.

Era un hombre prodigioso
con cabeza bajo el brazo,
con mirada de celoso,
por el hambre en su regazo.

Al oírlo, se giró y la vio:
carecía de párpados,
y sus entrañas revolvió
al huir con sus pies cansados.

Nobles de rostro empolvado
lo vieron cruzar despacio,
como jinete encargado
de vida, muerte y espacio.

Con sus rostros entalcados,
por los caminos de cabras,
los vieron inclinados
con cortesías macabras.

Conociendo sus modales,
celebrando el desconcierto,
pidiendo viles metales
y la muerte de algún siervo.

Así transita el Dullahan,
hombre oscuro, mal legado.
Sus muertos, hogar nunca hallan,
porque han sido degollados.

Así cabalga el Dullahan,
memoria que no se muere.
Y a su lado cabalga Ewen,
que a sus órdenes se mueve.

Ambos aúllan en la bruma,
cazan sin nombres ni rostros,

con ferocidad que abruma,
dejando sólo despojos.

Así comienza y termina
la balada de un degüello;
que la leyenda examina
con cabezas sin un cuello.

Mientras exista el hambre,
su boca tendrá bocados;
su tumba tendrá raigambre
y caballos desbocados.

Porque hay decapitaciones
que no acaban el castigo,
sólo muestran sus acciones
mientras exista un testigo.

LOS LOBOS

Con la nieve que ha cuajado,
cubriendo el nevado estero
sobre el pantano apartado,
botas buscan un sendero.

Silva un silencio sin nombre;
la nieve cubre el estero;

avanza agotado un hombre,
con un aliento agorero.

Sus botas se hunden profundas
entre nieve y agua helada;
sus pisadas son rotundas
sobre el agua congelada.

Su bigote es carámbano;
sus cejas son puro hielo;
sus labios son un páramo;
y su nariz un revuelo.

Consigue salir del agua,
para internarse en la nieve;
le arden las piernas, cual fragua,
mas mirarlas no se atreve.

Blanco absoluto y sin borde,
sudario del mundo entero;
el hombre proyecta, acorde,
su sombra sobre el lindero.

No hay norte escrito en el blanco,
ni sur, ni una huella anterior;
sólo el latir del barranco,
donde se resbala el temor.

Sin pan, sin hierro, sin llama,
sin voz que el eco recoja,
lleva la vida en la flama
ardiente de piel que afloja.

En la nieve silenciosa,
que apaga el correr de lobos,
su mente piensa nerviosa
y sus ojos pone torvos.

No lleva armas ni cuchillo,
ni fuego para la noche;
sólo un latido sencillo
bajo el anorak sin broche.

El anorak guarda el viento,
mas no resguarda del dolor;
su rostro es vidrio sediento
y arde con su frío interior.

La capucha salva el viento,
mas no la piel de la cara;
sopla en manos frío aliento
que manopla ya no ampara.

Las manos son dos preguntas
cautivas dentro del vellón;
quiere moverlas, y juntas
no obedecen al corazón.

Las botas besan la escarcha;
las botas muerden la helada,
pero la nieve se ensancha
y la pierna está cansada.

Nacidas para este fin,
diseñadas para el hielo,

no impiden se hunda en el suelo
y su paso muera hasta el fin.

Se hunde la pierna agotada
hasta rozar la rodilla,
y cada paso es llamada
de muerte y de pesadilla.

Corre un instante notorio,
que el suelo desmiente luego;
la prisa es rito ilusorio
en este mar blanco y ciego.

Corre, y la nieve lo atrapa,
cada paso es un naufragio;
en sus rodillas se escapa
la fe en un blanco presagio.

Aunque las rodillas alza
y flexiona bien las piernas,
tanta nieve lo descalza
y empapa sus entrepiernas.

Lejos, un bosque pequeño
tiembla al borde de su vista;
es promesa verde y sueño
de salvación no prevista.

Allá, el bosque diminuto
se ve en la línea final;
parece un sueño absoluto
más que una promesa irreal.

“Gracias a Dios, ¡veo árboles!
y mi espalda podré apoyar;
parecen blancos mármoles,
donde apoyarme y descansar”.

Animado, grita al viento,
mas la nieve es más profunda
y se hunde en un aspaviento
en su lucha con la tundra.

La nieve, abriendo sus fauces,
lo devora y hunde al suelo;
bracea en busca del cauce
y escapa con gran revuelo.

Despacio, consigue llegar
a nieve menos profunda,
que botas quiere descalzar,
dejar como raíz fecunda.

Cae. Se alza. Vuelve al suelo.
El aire le corta la voz.
El cuerpo pesa su duelo
soportando un frío feroz.

Muy pronto se vuelve a caer.
La marcha es súplica lenta.
Intenta gritar, sin poder,
pues su boca está sedienta.

Cada paso hacia ese borde
se hace imposible de avanzar;

el bosque huye y se esconde,
como si intentara escapar.

Entonces, el aire tiembla
un aullido largo y grave;
la sangre entera se temple
y su pánico deshace.

Ahora, rompe el vacío
otro aullido largo y solo;
se le congela el desvío
del pensamiento en un polo.

Él se encoge sin aliento,
con el terror del momento,
pues pronto será alimento
de algún animal hambriento.

No puede huir ni esconderse,
no hay árbol cerca ni roca;
presiente al lobo acercarse
y morder su sombra ignota.

“Tal vez no esté solitario”,
piensa con pulso deshecho.
“Si es manada, el calendario
marcará mi último trecho”.

Mas la estepa se estremece
y se escucha un leve viento,
que el aullido desvanece
con su víctima en silencio.

Acelera hacia el ramaje,
aunque el pulmón se le quiebre;
cada paso es un ultraje
que la nieve al miedo infiere.

No grita. El grito no existe.
Se queda adentro en su final.
La mente, lúcida y triste,
dibuja el remate fatal.

Resopla con un reniego.
El pensamiento le apremia
con miedo que se alza fiero,
y el sufrimiento es blasfemia.

“Vendrá —se dice—, me huele,
lee mi rastro en el frío”.
La idea muerde y no duele,
pero rellena el vacío.

“Tal vez esté muy distante,
o sólo es un lobo errante;
mas mi terror no consiente
esa duda espeluznante”.

“Si es manada —piensa luego,
no habrá combate ni huida;
será el colmillo el relevo
cruel de dejar esta vida”.

Aprieta hacia la arboleda,
aunque el pulmón se deshaga;

cada aliento se le enreda
como oración que se apaga.

Y en la albura de la estepa
descubre su cementerio.
Mientras en la nieve trepa,
su sombra le hace adulterio.

El aullido vuelve al viento,
ya no es solitario, es plural;
es un coro hambriento y lento
que afina su rito mortal.

El aullido no es de alguno;
es de unos dientes de acero.
Cantan la muerte en ayuno
detrás del rastro ligero.

Le tiemblan manos y frente,
reza sin dios ni memoria.
“que no me hallen prontamente”,
repite terco a su historia.

El bosque nunca se acerca,
el bosque siempre se aleja;
la distancia es una horca
que el pánico no aconseja.

Tiene las ramas pesadas,
como llenas de tábanos,
y entre esas ramas nevadas
cuelgan largos carámbanos.

Ya no los oye: los siente
pisar su miedo por detrás;
la noche avanza obediente
a la hambruna que viene atrás.

Ya siente cerca su aliento,
sus pisadas en la nieve;
la noche muerde el momento
con dentellada que llueve.

El bosque nunca se acerca,
la nieve nunca se acaba;
la distancia es una rueca
que el valor mata y socava.

Reza una oración sin altar,
jura sin tener fe ni ley,
pues sólo desea pactar
algún minuto más, tal vez.

Ya resuena la manada
y retumba su carrera;
sus jadeos en la nada
y la espuma en su boquera.

En la explanada donde está,
va la manada al acecho.
Y, a su alrededor, se apresta
a convertirlo en desecho.

Pelean, gruñen y luchan,
para atacar el primero,

con unos saltos que intiman
y muestran dientes de acero.

“¡Dios, ayúdame, ten piedad!
No quiero que me devoren.
Si logro alcanzar tu bondad,
haré que todos te adoren”.

Lanza su oración al viento,
pero nadie oye el lamento;
intenta escapar corriendo
con nieve en impedimento.

Los lobos gruñen y lamen.
Lo rodean sin locura.
Las fuerzas ya no le caben
en la sangre que murmura.

El primero salta al flanco,
calor de vida que duele;
grita el hombre casi manco,
mientras su carne se muele.

Otro lobo salta al flanco,
brutal en su mordedura;
grita el hombre, rojo y blanco
rompiendo la noche pura.

Cae otra vez. Se defiende
con uñas, rabia y delirio;
un cuello cede, y se extiende
el lobo en último giro.

Se levanta y se defiende
con puños, dientes y razón;
un cuerpo cae y desprende
la muerte en breve espasmo y son.

Pero son muchos. Lo saben.
Lo cercan sin precipitar;
el tiempo es suyo y lo muerden
con dientes hechos a matar.

Piensa en calor, en un nombre,
algo que no sea hielo;
recuerda que aún es un hombre
aunque se borre en el suelo.

Piensa en un fuego lejano,
en una voz que ya no está;
piensa que aún es un humano
aunque ya lo estén por borrar.

Dientes se clavan en cuello,
seccionando voz y boca;
y comienzan el degüello,
que en este cuerpo se enroca.

La nieve se guarda el final;
el bosque mira y no acude;
la manada cumple el ritual
de hambre antigua, que sacude.

La nieve absorbe su nombre;
el bosque lo observa inquieto;

termina el rastro del hombre
en un silencio muy quieto.

Cuando el alba toque el hielo
no hallará ruego ni huella;
sólo el blanco, eterno cielo,
y el hambre saciada en ella.

Cuando el silencio regresa,
no hay huellas, no hay caminante;
sólo la nevada espesa
y un frío más dominante.

REFLEXIONES EN SONETOS ENCADENADOS

SONETO I • LA CIUDAD

La ciudad, paritorio del andante,
rezuma mal, dolor y carne impura;
sus torres son colmillos sin censura
y el vicio campa en rito palpitante.

La fe se trueca y se vende al viandante;
la ley se escribe entre óxido y basura;
el oro unge jueces con mano oscura,
que pérfida peste firma al instante.

No hay Dios en lo alto, pues bajó al suburbio,
duerme entre jeringas e imprecaciones;
y el mal, avaro, administra lo turbio.

Si observas atento, no hay salvaciones:
cada portal alumbra un adulterio
y el aire huele a pacto y deserciones.

SONETO II • EL CUERPO Y EL PECADO

El cuerpo es catedral del extravío,
donde la culpa canta en su victoria.
La piel recuerda más que la memoria
y el tacto evoca instantes de amorío.

Un beso es transacción, no desafío;
la caricia sólo administra la escoria.
Sólo existe el placer que no hace historia,
mas consume en un lento escalofrío.

Sólo hay precio, vicio y egolatría,
rituales de sudor en la penumbra;
goce sin fe, sin Dios ni profecía.

¿Le incomoda? No huya si no vislumbra
esa ansia y fiebre oscura que nos guía.
El deseo no acusa: te deslumbra.

SONETO III • LO DIVINO Y LO DIABÓLICO

El ángel fuma junto al prostíbulo,
el diablo reza salmos de falacia,
pero ambos negocian nuestra desgracia
y firman la paz en el vestíbulo.

El bien se oculta al verse involucrado,
el mal prospera vestido de ciencia;
sólo administran su tregua en ausencia
del alma, en cuotas, plazos y pecado.

La cruz es un contrato mal leído;
el fuego eterno es un mito rentable;
no hay santidad gratis, todo es debido.

No hay ni un cielo puro, ni infierno estable:
sólo un reflejo roto y compartido,
donde elegir qué máscara es culpable.

SONETO IV • EL LECTOR (REVELACIÓN)

Ahora, sabrás por qué sigues leyendo:
no buscas ni luz ni conocimiento.
Este escrito no es lugar ni momento;
es lo que callas cuando estás diciendo.

Cada verso pidió tu compañía;
cada pecado aquí fue consentido.
No hay narrador sin cómplice elegido,
ni horror que viva sin tu fantasía.

Si algo entendiste, no lo magnifiques:
la bondad nunca absuelve lo perverso,
lo vuelve íntimo, sin que tú te impliques.

Cierra este poema. ¡Sal! Mas no lo expliques:
la ciudad va contigo, eres converso.
El infierno está en ti, no crucifiques.

ABSTINENCIA

Quiero abandonar la droga
en período de abstinencia,
mas mi mente no dialoga,
grita con impertinencia.

Amanezco sin criterios,
cual perro atado a la cama;
la ansiedad muerde mis nervios,
la fatiga me desarma.

¡Oh, Dios, quítame esta angustia
que me desgarrar por dentro!
Con tanta ansia, el alma se amustia
y me corroe en el centro.

Necesito ¡ya! mi dosis.
Tiembla mi espíritu y manos;

mi tripa tiene acidosis
y dolores inhumanos.

¡Una pizquita de coca!
Creo que no es mucho pedir,
hace tiempo que me toca.
¡Si no me dais, me voy a hundir!

Me despierta el temblor seco,
como un animal sin jaula;
la ansiedad roe los huesos,
la sangre corre descalza.

Me tiembla la droga en la piel,
la ansiedad clava sus garras.
Me sudan sombras de hiel,
con un frío que desgarras.

Sudo miedo, sudor frío
y escalofrío que atrapa;
soy un caudaloso río
que mi camiseta empapa.

Me corren chorros obsesos
y escalofríos sin calma;
el frío nace en mis huesos,
retuerce y enfría el alma.

Tengo mucha tiritona.
Me congelo hasta los huesos
con frío que no perdona,
mientras se fríen mis sesos.

Siento en mi sien latir fiebre
con el tormento de no ser;
pesadillas, como liebre,
corren mi mente sin correr.

La cabeza late a golpes,
tambor roto que me amarga;
dolor fijo tras los ojos;
náusea espesa me embarga.

La cabeza es un martillo,
golpea ideas sin vida,
vómitos como rastrillo
que saben a despedida.

La desesperación es juez
y la rabia me acongoja;
golpeo fuerte la pared,
aunque mi rabia no afloja.

Me hice daño en los nudillos,
creo que me he hecho sangre;
siento clavarle cuchillos
como si fuera un palangre.

Vomito bilis y sombras,
ácido, rabia y resaca;
mi cuerpo expulsa las sobras,
todo lo que mi alma saca.

El vómito me machaca
con alfileres que pinchan.

La piel se me pone opaca;
mis revueltas tripas se hinchan.

Ni como ni quiero nada;
mi estómago está vacío;
mi sangre no está drogada
y mi mente es la de un crío.

Las tripas lloran su gruñir,
se retuercen, se declaran:
hoy, me atan con el estreñir;
mañana, sueltan y aclaran.

Tengo el cuerpo muy cansado;
hoy, me estríñe la esperanza
de poder borrar pasado;
mañana, diarrea en danza.

He vomitado en el suelo;
hasta mis tripas se han ido
con un mal sabor que huelo
sin saber qué ha sucedido.

La piel se apaga, se arruina,
brota acné como sentencia;
soy un mapa de la ruina
dibujado por la ausencia.

¡Quiero... preciso mi dosis!
¡Pasádmela, por caridad!
Aunque me dé sobredosis,
debo pensar con claridad.

En mi piel, pálida y sucia,
florece acné como plaga,
lucha con artera argucia,
que nadie ve y nadie halaga.

No duermo: vigilo el techo,
la pesadilla me atrapa;
me confundo sin provecho;
concentrarme es una trampa.

El insomnio y pesadillas
me persiguen y desgarran
la mente que, de rodillas,
gime en ideas que escapan.

Tengo los ojos secos
de tanto mirar el techo,
y de sangre recubiertos,
por tenerlos al acecho.

Confundo nombres, recuerdos,
pierdo el hilo, pierdo el habla;
concentrar mis desacuerdos
es como humo en una tabla.

Mi ánimo o me sube o se hunde,
como un cuerpo en agua helada;
ríe, llora, grita, muere;
me irrita hasta la mirada.

El ánimo sube y cae,
igual que un cadáver que habla,

que irritable se distrae
y aparece si se endiablo.

Cada conmoción me duele,
cada ruido es emboscada;
tiemblo entero; soy pelele
que evita cualquier mirada.

Pienso en droga, dios oscuro,
que promete paz y draga.
Rebelde, muerdo un conjuro;
soy ceniza que se traga.

Y en la mente, con su infierno,
la sustancia se levanta:
no es deseo, es un invierno
obsesivo que me canta.

¡Necesito encontrar mi alma!
¡Quiero la droga que calma!
La sensación que desalma
y la ensoñación empalma.

Pienso, y evoco con terror,
que la sustancia alza su altar
y ordena acabar este horror
con voz que me exige calmar.

La odio, la rezo, la muerdo;
yo me rebelo y me arrastro;
soy un rey sin reino cuerdo
peleando contra su rastro.

Me promete tregua sucia,
una paz que siempre mata;
la odio e invoco en argucia;
me rebelo... y me remata.

¡La exijo más que a mi vida!
No podré vivir sin ella;
con una dosis servida,
tendré una ensoñación bella.

No quiero salvarme limpio:
quiero vivir este espanto
y que este dolor por vicio,
muera y calme mi quebranto.

No soy débil: soy dureza
arrasada por su ausencia.
No me salva la pureza,
me aguanta la resistencia.

Yo me acurruco en un rincón,
abrazo fuerte mis piernas,
escondo mi “chola” en cazón
y lloro con ansia y penas.

Si consigo salir de esto,
no será limpio ni en calma:
habrá más dolor honesto
y el orgullo hecho de plasma.

EL DUENDE DE LAS CASTAÑUELAS

En la clara noche activa,
manos la luna gatean.
Las castañuelas despiertan
corazones de madera.

La cal de un coso cerrado
arde en luna sin consuelo.
Dos castañuelas en duelo
sangran ritmo desgarrado.

Se las coge como al agua
que en un dedo se retiene:
pulgar firme las sostiene,
los demás golpean fragua.

Se las ciñe el dedo helado,
como se ata una condena.
Pulgar manda, pulso ordena,
y el miedo queda encerrado.

Hembra negra, macho arado,
madera contra madera.
Cuando se buscan, la espera
huele a filo y a pecado.

Negra hembra, macho picado,
se rebuscan palmo a palmo,

y al besarse rezan salmo
de sonido repicado.

Clac, clac, clac, dice angustiado,
clac, responde el aire en guerra,
y el baile rompe la tierra
con un tacón incendiado.

Clac, dice el hueso quebrado,
clac, responde la otra herida,
y la sangre va vencida
por un compás condenado.

Repican contra la palma:
cuatro dedos las golpean,
cuando entre ellas se pelean
para acabar con la calma.

Siempre están emparejadas:
dos juntas en cada mano,
para golpeo inhumano
que dejará reflejadas.

Una mano contra la otra,
para saber quién suena más.
Amigas marcando el compás,
enfrentadas una sin la otra.

Baila el cuerpo, llora el suelo,
y los faralaes se alzan.
Los botines zapatean
luchando en sonoro duelo.

Baila el cuerpo, arrodillado
sobre un suelo que no olvida.
Cada giro es una vida
que se pierde en el tablado.

Tiemblan lunas en las manos,
que huyen entre dedos claros;
toques de guitarra avaros
en asamblea de ancianos.

Las manos, duendes alados,
cortan sombras con su pena.
La alegría es luna llena,
que cae muerta en tejados.

Y a su compás suenan palmas
y tacones en el suelo,
marcando el ritmo en su duelo,
con jarana de las almas.

Las caderas van diciendo
lo que se callan los labios,
y las manos, como agravios,
cortan el tiempo corriendo.

Las castañuelas hablando,
tacones taconeando,
faldas y borlas volando,
que dejan todo temblando.

Resuenan las castañuelas
como unos niños descalzos

que alegría hacen pedazos
al golpear las cazuelas.

Ríen secas, lado a lado,
como niños sin mañana.
Su sonido es la campana
de un entierro mal bailado.

Bailan cuerpos enfrentados,
tiembla el vino en los vasos,
y el tablado oye sus pasos
por los dos dedos aunados.

Cuando ya no rezan salmos
y el compás queda cansado,
los palillos han cesado
y el duende queda en ensalmos.

Cuando el eco se hace sombra,
pues paran las castañuelas,
cansadas se arrastran suelas
sin taconeo que asombra.

Y al final, roto el llamado,
cuando el eco ya no existe,
la castañuela, muy triste,
en pareja se ha callado.

REPROCHES DE UNA HIJA

A mi padre le he de decir
que pronto dio sepultura,
como quien tira herradura,
cuando aún me quedaba vivir.

¡Sí! Me diste sepultura
cuando aún continuaba viva,
negando existencia esquivando,
borrando toda lectura.

Papá, me borraste viva
con un gesto calculado,
me sacaste de tu lado,
herida y sin perspectiva.

No gritaste ni explicaste,
fue peor; fue tu decisión;
trocaste en una negación
todo lo que antes nombraste.

Me quitaste de tu vida,
de tu sangre y de tu fe;
sin entierro me quedé
en esa, tu paz herida.

Me echaste cual mueble viejo,
que se tira a la basura;
y lo hiciste con premura,
sin mirarte en el espejo.

Padre, me borraste viva
de tu sangre y de tu vida,
me dejaste por perdida
con tu mano destructiva.

Me enterraste sin entierro,
sin palabras y sin razón;
y me cerraste el corazón
como se clausura un hierro.

Cerraste puertas y nombre
hasta expulsarme de tu ayer.
Para tu ego dejé de ser
parte de tu sangre de hombre.

Nunca me amaste de verdad,
aunque ahora digas que sí;
siempre me alejaste de ti,
sin brindarme alguna amistad.

¿Cómo digo: padre o papá?
¡Tanta es nuestra lejanía!
Nos falta melancolía;
nos falta la unión de mamá.

Padre, te reprocho sin voz,
desde mi rencor, tan feroz
como el castigo fue de atroz,
patada fuerte como coz.

Me consideraste muerta,
convertiste en polvo, nada;

soy silencio, la ignorada;
para ti, como hija yerta.

A otras hijas sí las miras,
las sostienes, las defiendes;
yo aprendí lo que no entiendes:
también morimos a tiras.

A otras hijas sí las nombras,
las defiendes, las celebras;
yo no existo si las miras;
yo soy sombra entre tus sombras.

A otras hijas sí las llamas,
las mencionas con orgullo;
yo aprendí mirando el tuyo:
sé que ni un favor reclamas.

Por otras hijas suspiras
con pulso de atardeceres;
yo no sé por qué las quieres
y a mis hijos **ni** los miras.

Mis hijos no cometieron
ni un error ni alguna traición;
los borraste por extensión,
por ser hijos sin tradición.

Mis hijos quedaron fuera
de tus gestos y de tu voz;
no les diriges ni un adiós,
ni memoria verdadera.

Tus nietos no se merecen
tener tu nombre ni tu voz;
si te cruzas con ellos dos,
ni siquiera te estremecen.

Te reclamo en pensamiento,
y te confronto sin hablar;
mas tú me vuelves a negar
con firme distanciamiento.

Te discuto en pensamiento;
yo te acorralo con mi voz,
y tú respondes siempre en pos
de tu férreo aislamiento.

No corriges, no revisas,
no permites ni una grieta;
prefieres verme violenta
antes que asumir premisas.

Nunca cedes, nunca llamas,
no te dobla mi quebranto;
prefieres vivir sin llanto
antes que escuchar proclamas.

Discutes, si en mi mente hablo,
y respondes: “ya no cedo”;
me lo repites sin miedo,
y yo me rompo y no te hablo.

Tú me obligaste a comprender
que antepones tranquilidad

a oír a tu hija con piedad,
que suplica hacerse entender.

Yo cargué con esa culpa
que tú jamás me explicaste;
me juzgaste y sentenciaste,
sin recurso ni disculpa.

Te hice padre cada día,
te cuidé desde el afecto;
tú rompiste ese vínculo
con rencor que no existía.

Te discuto en mi cabeza,
te reclamo lo que ayer fui;
tú me respondes siempre así:
“no me dobla tu tristeza”.

Yo te digo lo que callo,
lo repito hasta romperme;
tú decides no atenderme,
como un error, que no un fallo.

Nunca cedes, ni reclamas,
nunca cruzas este abismo;
prefieres tu fanatismo
a observarme entre las llamas.

No hay palabra que regrese
lo que un día desataste;
me negaste, me borraste,
sin que nadie lo sopesa.

Nunca habrá palabra puente,
seguirá la herida queda;
nada cambia, todo rueda,
sin perdón, indiferente.

Yo te grito lo que callo,
yo me rompo al recordarte;
tú decides apartarte,
como se abandona un fallo.

No hay perdón que se pronuncie,
no hay regreso ni clemencia;
tu silencio es la sentencia
que mi tragedia denuncia.

Tú me quitaste lo que fui,
lo guardaste en tu condena;
yo heredé sólo la pena
de ser tu hija y no ser de ti.

Hoy ya no grito ni espero,
ya no insisto en algún perdón;
me quedé sin mi corazón
por rogar a un altanero.

Hoy ya no busco respuesta,
ni justicia, ni una razón;
ya me rendí a tu decisión
de nunca verme en tu mesa.

No me queda rebeldía,
sólo un hueco sostenido;

tu silencio me ha vencido
más que cualquier agonía.

Y aun así cargo tu nombre
como una culpa heredada;
soy esa hija descartada
que tu orgullo descompone.

Ya me callo, no reclamo;
ya no persigo tu querer;
soy esa hija que aprendió a ser
huérfana mientras aún te amo.

Esto acaba como empieza:
tú sin hija, yo sin padre;
yo con llanto sin que cuadre,
tú con fría fortaleza.

Así acaba esta batalla:
tú sin hija, firme y solo;
yo cansada, rota en todo,
aprendiendo a ser muralla.

Así te grito en mi mente,
y así me quedo, vencida:
con un padre que me olvida
y una pena permanente.

EL LAGO DE LOS CISNES

Odette es el cisne blanco
que de puntillas danzará
lo que en el compás tocará
con sus violines en llanto.

La fuente en luz empieza arder,
el agua asciende al suspirar,
los violines quieren llorar,
cuando el cisne empieza a nacer.

Con su lenguaje corporal,
muy vulnerable, etéreo,
y música en estéreo,
empieza a danzar natural.

La bailarina comienza
muy leve sobre las puntas,
temblando las piernas juntas,
correteo de esperanza.

Pasos cortos, deslizantes,
como flotando sobre agua
o llamas en una fragua
y alas en brazos mutantes.

Sobre las puntas, roza el ser
del aire al intentar volar;
sus brazos, alas al temblar,
y el cuello aprende a creer.

Los brazos eleva en alto
desde abajo, alineados,
floreciendo hacia los lados
con los codos en asalto.

Muñecas y dedos tiemblan,
imitando plumas vivas
y cabezadas dormidas
que, sobre su hombro, se mezclan.

Con una mirada esquiva,
nunca de forma directa,
como animal en alerta,
miedo sin alternativa.

Cruza su pie por delante,
gira y gira sin caerse;
brazos abiertos sin verse
en cada vuelta en volante.

Y cruza otro pie por detrás,
con su punta en fragilidad;
desconfianza y habilidad
en agitada danza audaz.

Con sus puntas roza el lugar,
con las alas de ave al volar
o mariposa al suspirar,
y su cuello firme al mirar.

Gira y gira sin lograr ser,
el tutú firme al circular;

una pierna alza al recular,
como garza al amanecer.

El tutú resiste al girar,
con pierna de garza alzada,
sobre un solo pie asentada,
su diadema ha de coronar.

Sonríe, aunque empiece a doler;
fuego en los dedos al danzar;
mar y cielo de imitar
y la música la hace arder.

Sonríe y su dolor calla;
sus pies arden al danzar más,
cual mariposas al compás,
cuando la música estalla.

Pas de bourrée continuo,
donde los pies no se paran
y las vueltas se disparan
en un giro perpetuo.

Su cuerpo juega a deslizar
sin realizar esfuerzo;
brazos cruzados al pecho,
señal de paz en el bailar.

Como protección de su fe,
pronto, en gesto contenido,
abre en aire distendido
como si sirviera un café.

Da pocos, pequeños, cortos saltos,
con caída silenciosa,
como cae una idea ociosa
de aquellos que no hacen tratos.

Ahora hace su entrada en puntas,
con tutú negro fundido
y arabesco sostenido,
Odile, el malo en disputas.

Eleva una pierna detrás,
inclina el torso delante,
extiende brazos galante,
alas que despliega fugaz.

Equilibrios prolongados,
manteniendo la posición
en tiempo de una petición,
y movimientos cuidados.

Con giro y piruetas suaves,
lento, inspirado, se mueve,
mientras la razón conmueve
en aterrizaje de aves.

En el aire se sostiene
en un giro refrenado,
con un control bien pensado,
que respiración contiene.

El cuerpo lo inclina hacia atrás;
después lo inclina hacia un lado,

desfallecimiento alado,
con su debilidad agraz.

El *partenaire* la sostiene
como una caída asistida,
desvanecida y perdida,
que su llanto no contiene.

Sólo danza el cisne blanco:
con ondulación de brazos,
suben y bajan abrazos
sin abandonar su flanco.

Con sus codos los agita;
flexiona el torso de frente;
lo inclina lateralmente;
como esas olas que imita.

La cabeza, siempre blanda,
prosigue su movimiento.
Pies rápidos, cuerpo lento;
reverencia que demanda.

Los pies trabajan en puntas
con el cuerpo suspendido.
Ahora el cisne, detenido,
danza erguido con sus plumas.

Cuerpo recto, pecho abierto.
Muy altiva y desafiante,
con movimiento cortante,
en giro rápido, experto.

Las alas ya no le tiemblan;
imponen giros rápidos,
múltiples y sofocados,
que su calma le destemplan.

Su pierna gira en vértigo,
con torso firme y vertical;
cada giro es más radical,
como azote de un látigo.

Saltos con mayor impulso;
guerra en los aterrizajes;
se pelean dos plumajes
para mantener el pulso.

El tempo comienza a ceder,
como ondas lentas sobre el mar;
las aves dejan de cantar;
el cisne recuerda el ayer.

La cabeza gira al no ver
que el final ya quiere llegar;
las alas pesan al temblar
y la noche empieza a caer.

Llega tragedia y pureza,
movimientos descendentes;
los brazos caen clementes,
y el cuerpo pliega dureza.

El vuelo, más bajo y frágil,
con un último arabesco

de cisne herido y grotesco,
y Odette se queda inmóvil.

Se muere el cisne al descender,
el lago oscuro al respirar;
gran *écart* en su quebrantar,
el pecho al muslo va a caer.

Se muere el cisne al suspirar,
y el lago en su sombra al temblar,
con las piernas aperturar,
con el pecho a su pie buscar.

Silencio... nadie osa creer;
el arco deja de vibrar...
La última nota, al tardar,
consigue al alma estremecer.

Entonces ruge el gentío,
el aplauso rompe en clamor,
las flores vuelan con amor
y el cisne cae en rocío.

Truena el teatro con un grito,
los músicos salen a honrar,
las flores llueven al pasar,
y ella genuflexa en rito.

Subsiste un dulce palpitir
de pena y miel al recordar
la diosa humana que, al danzar,
al cisne eterno hizo soñar.

Reverencia de agradecer,
cual reina humana al saludar,
que acaba en dulce y cruel pesar
y en cisne que acaba de arder.

LA ORQUESTA

La orquesta ataca una suave melodía.
Suenan el fagot y arpeggios de clarinete;
flautas saltarinas son ave que pía;
violines y violas ponen su bonete.

Como olas, ondulan las notas del arpa,
que suenan dulces marcando melodía;
resuenan y se expanden bajo la carpa
y el recinto con deliciosa armonía.

El piano, con su blanquinegro teclado,
acompaña con el sonido profundo
de las sirenas en un coro elevado,
para un enamoramiento moribundo.

Los platillos se entrechocan con estruendo,
y timbales interrumpen el susurro.
Suenan oboes, trompetas *in crescendo*;
trepidante sonido triunfal y oscuro.

La melodía ya fluye suavemente:
ahora se complace en parecer nostalgia
para atrapar los sentidos, vehemente,
y se diluye poco a poco con gracia.

La batuta marca lenta y temblorosa;
todo el público suspira en la penumbra;
cada nota cae frágil, silenciosa,
como recuerdo antiguo que el tiempo arrumba.

El aire se queda cargado de ausencias;
la música sangra con ecos marchitos;
se quiebran compases, mueren las cadencias,
con graves silencios, hondos e infinitos.

Las notas se paran, la orquesta se apaga,
y queda un suspiro flotando en el salón
con la última nota que tiembla y naufraga
en sombra gastada del viejo corazón.

Muere la música, sola y desvalida,
como aquella partitura rota y sin voz;
nadie evoca sus notas llenas de vida
desde que la orquesta la interpretó y partió.

Otros pueblos escucharán su música
y, cuando se alejen, la olvidarán también;
como harán con su interpretación única,
aunque su melodía los lleve al edén.

EL MANUSCRITO EN EL POLVO

I SONETO

Subí a un desván de vigas roídas;
el polvo custodiaba lo olvidado
y, entre tanto cacharro amontonado,
hallé un manuscrito ajeno a sus vidas.

Sus páginas, por las ratas mordidas,
me hablaban de un vivir siempre aplazado,
del mundo, del anhelo y del fracaso,
de heridas hondas y luces partidas.

Sus líneas me hicieron un hechizo:
fantasía y verdad entrelazadas,
un tiempo que en mi mente se deshizo.

Aunque narraba épocas lejanas,
mi rostro en su reflejo reconocí,
mis días, mis derrotas cotidianas.

II SONETO

Al leerlo, sentí que no leía;
el texto me habitaba lentamente,
como un sueño tenaz, incandescente,
que con lamento mi mente rehacía.

Hablaba del errar sin agonía,
de amor, fe y su pérdida irrevocable;
de un yo partido, frágil, vulnerable,
que desafiaba al tiempo y se rendía.

La tinta era su sangre en carne viva,
un pulso detenido en la penumbra,
un grito fiel que hiere y que cautiva.

Cerré el cuaderno. El polvo, como bruma,
ya ni él era el mismo, ni yo tampoco:
algo me había rendido a su pluma.

III SONETO

Muy inquieto, proseguí allí, leyendo
su escritura, que ya no era prestada,
como si aquella voz avejentada
hallara en mi silencio su alimento.

Supe que lo escrito no era un lamento:
era mi existencia en él reflejada,
mi sombra en otra edad transfigurada,
como mercancía sobre un jumento.

El autor y yo fuimos un instante
el mismo ser, la misma herida abierta
y el mismo pulso humano y vacilante.

Bajé del desván, la noche acababa.
Y aprendí que, en cada paso del vivir,
hay un manuscrito que otro dictaba.

EL TÓTEM

Levantaron un tótem, coronado
de fervor y misticismo; sin calor,
ardía en su vientre un mudo resplandor,
falsa luz que ilumina a lo sagrado.

Redentor de los mortales comunes,
del hambre, la miseria y deterioros,
el tótem no grita, te observa en foros;
no exige sangre, sólo comuniones.

Erguido está en el centro de la plaza;
ordena y manda sin necesitar voz;
obliga a las almas llenas de fervor
y, con cadenas, condena y emplaza.

Tiene una forma que nadie discurre,
pulida por mil manos obedientes,
barnizada con promesas sirvientes
y herencias que el miedo nunca discute.

Alrededor, los fieles andan rectos,
con la mente puesta en cielos ajenos,
asesinando nombres con venenos,
envidias, rencores y odios discretos.

Cada uno cree ver algo que sueña,
una vida diferente en el tótem,
con pecados y promesas que asombren
y plegarias dichas como una enseña.

Para cada uno, su fe es diferente:
un dios creador lo que no se nombra,
miran y rezan a la misma sombra,
creyendo en un distinto referente.

Buscan salvación en un dios severo,
sin imaginar que adoran al mismo,
que su idolatrado es un espejismo,
que solucionan orando primero.

Un dios de barro y sueño encadenado,
que es la ley, costumbre, miedo y protector;
su sombra les dicta ayunos y fervor
y absuelve al fiel que vive arrodillado.

Perdona pecados y su costumbre;
promete un cielo guardando su rito,
que dudar es un pecado maldito,
y que con creer se alcanza la cumbre.

Sus signos son espejo tolerante
donde el devoto encuentra su reflejo;
el odio es limpio, reza en el cortejo,
y el miedo se disfraza de estandarte.

Drama en cada oración automática;
romanticismo en cada entrega ciega;
una belleza triste, que reniega
vivir una vida programática.

Nos enseña a arrodillarnos sin suelo,
a señalar al otro como hereje

sin mancharse las manos que protege,
o llamar virtud tener desconsuelo.

En sus símbolos: madera y ceguera,
duerme un lenguaje religioso, antiguo;
tan flexible, que lo hace tan ambiguo
que en él cabe lo sublime y la hoguera.

El sectario no ve que es fanático:
sólo es custodio, vigía del orden,
amante de lo eterno sin desorden.
Su fe es como un cuchillo emblemático.

Cuando la noche ciega las letrinas,
el tótem respira y exhala encanto,
susurra sus dogmas de arrullo y canto,
que a la multitud iguala en las ruinas.

Lo adoran como se ama la agonía,
con una fe que sangra incienso y moral;
con besos dados a la piedra inmortal
en una acogida sin garantía.

Y si alguien osa apartar la mirada,
el mundo tiembla; los fieles critican;
los devotos, excitados, replican,
y su mirada se revuelve airada.

Cada creyente es vela funeraria,
llama oscilante en rito a oscuro altar,
resignación e hipocresía al andar,
y el tótem, amor, tumba y profecía.

Lo idolatran como a un padre ausente,
con culpa, devoción y sacrificio;
y a cambio de conseguir su artificio,
le entregan pensamientos mansamente.

Porque ese falso tótem no es sólo dios:
es costumbre, cultura, ley y reglas;
es vivir con apoyo entre tinieblas;
miedo a desaparecer sin un adiós.

Y ese tótem en pie se mantendrá
mientras haya quien prefiera su creer
antes que ver, analizar y aprender,
lo que durante la vida nos vendrá.

Sus vidas giran en torno a su espera:
marcada por la fe que no razona
y amor y trabajo que no perdonan
a quien viva fuera de su frontera.

El devoto no grita: crucifica,
vigila cualquier desvío doctrinal,
justificando al bien y al mal oficial.
Su fe no asesina, mas clasifica.

Quedan lirios en la hoguera que no arde,
romance en la obediencia voluntaria
al juicio de la norma necesaria,
y un drama bello en no llegar muy tarde.

Al caer la noche sobre los rostros,
el mundo duda, frágil y cansado,

y un orden inmortal, petrificado,
sueña con ejércitos de devotos.

Mas tiembla cuando alguien no se arrodilla
si vive sin pedir autorización;
sospecha de cualquier libre creación,
porque su fe teme nueva semilla.

Así perdura el tronco venerado.
No es dios, ni ley, ni mito solamente
rezándose a sí mismo eternamente;
es el temor humano organizado.

LA PESADILLA

Anoche desperté bañado en sudor;
no sé lo que soñé, mas daba terror.
Era una sensación en la que el sopor
me atenazaba con angustia y horror.

Soñé, y aún sueño despierto y herido,
con sus gritos que tiemblan en mi pecho
la agonía de sentirse perdido,
sin poderte librar de su despecho.

En sueños densos nacen, sin que asombre,
deformes sombras de oscuro apetito;

me inquietan con loca ansiedad sin nombre
y atrapan en un temor infinito.

Emerge sigilosa, nos enviste,
y cruza con su helado eco malvado.
Semeja un alma errante, que persiste
hurgando cruel en sueño desvelado.

Disfraza su aparición con recuerdos,
mezclados en falso y lioso suspiro,
que en mi aliento huela con sus acuerdos,
y fibrilar arritmia que respiro.

El aire acorta y mi pulso deshace;
sus terrores acometen mi pecho.
Quisiera olvidar, mas todo se rehace;
la noche entera gira en su despecho.

Me muestra el mal que en lo hondo escondemos.
Mi aliento arde en las sombras desoladas
de los sueños de cuanto pretendemos,
arrojando confianzas ajadas.

Sus ojos son abismos que nos miran,
clavando luz de angustia y penitencia;
los sueños tiemblan, huyen, se retiran,
y todo es niebla, vértigo y demencia.

Insomne, ansiosa, la visión disloca;
mi aliento es un mar que rompe en sus olas;
la cama es tumba, y en mi sien convoca
delirios de enfebrecido rompeolas.

Me despierto abrupto, el alma aun temblando,
sudor y miedo, náufrago en la almohada;
siento el vacío, el mundo titubeando,
con mi fe y tranquilidad desvelada.

Entonces, pienso, en lúgubre presagio,
que hay culpas que dormidas no reposan;
que el sueño es juez, espejo y fiel adagio
de nuestras almas torpes y medrosas.

Oscuro reflejo espectral de hombría,
en dislocado sueño que me asedia.
Cierro los ojos, vuelve todavía,
y en su mirar se pudre mi conciencia.

Eres maldita bestia de la mente,
fantasma del insomnio que regresa;
temo cerrar los ojos nuevamente,
por si vuelves en enojosa sorpresa.

Desvelado, me estremezco al pensarlo;
temo ese abrazo fiel a tu insistencia;
cierro mis ojos sin del sueño aislarlos,
y en los tuyos se pierde mi existencia.

Giro y doy vueltas, náufrago en la calma;
con resignación pálida y rendida
quisiera huir del peso de mi alma
soñadora, despierta y dolorida.

Y doy mil giros, preso en su guarida.
La sábana es el mar; mi piel, su espuma.

No duermo más, la noche está dormida,
sujeta al sueño que a sí mismo abruma.

Noción de mortalidad insepulta;
de ideas y dudas inacabadas,
que en la mente hurga, rebusca e insulta,
dejando las almas aletargadas.

Temeroso, aguardo a ver si termina;
me persigue con eco que no olvido;
la pesadilla es vida que germina,
y el sueño, el eco de lo no vivido.

AMOR INMORTAL

Te fuiste en plena llama del deseo,
con mi piel aún hablando de futuro;
quedó mi vida rota en un paseo
y la razón sin casa ni conjuro.

Moriste en apogeo del deseo,
cuando el mundo era un temblor compartido.
Me dejaste sin gozar tu recreo
y el corazón, sin sentirte, destruido.

Aún recuerdo la forma en que dormías;
confiada, te abandonabas sin temor;

mi pecho era tu hogar en las mañanas
y el mundo se callaba a tu alrededor.

Tu risa me enseñó a olvidar el tiempo,
un espacio donde todo era verdad;
amarte fue aprender que en un silencio
podía entrar más que en toda la ciudad.

Éramos luz sencilla y cotidiana,
un pan compartido en sombra y soledad;
si te nombraba, el dolor se callaba,
como si la pena tuviera piedad.

Por eso fue tan cruel la despedida,
porque me llegó sin voz ni compasión;
el amor aún ardía en nuestra vida
cuando nos dejaron seco el corazón.

No hubo promesa, adiós, ni mano alzada,
sólo un gran vacío, súbito y feroz,
donde mi alma quedó deshabitada
y la tuya marchó sin dejar tu voz.

No fue una lenta y dócil despedida,
fue cual tajo seco, súbito y brutal,
que la pasión cortó recién nacida
y el tiempo desvaneció como un ritual.

Desde que partiste lejos de mi amor,
en todo mi ser se oscureció la mar;
quedó mi pulso clavado en tu rubor
y sigue soñando sin volver a amar.

Desde ese día vivo dividido:
una mitad suspira y otra se fue;
mi cuerpo sigue aquí, pero perdido,
mi espíritu te persigue donde estés.

Te busco en todo lo que te recuerde,
en cada gesto que murió a la mitad;
la desesperación me ladra y muerde,
como un animal ciego por la ansiedad.

No es sólo que no estés, es que no existo
tal y como yo vivía junto a ti;
morí desde el momento en que te he visto
cruzar donde no puedo ir tras de ti.

Desde ahí agonizo todos los días,
porque mi lamentación nadie escuchó;
mi fe se destruye en dudas tardías
y, sin oír tu voz, mi mundo se murió.

Ando entre la gente, pero no me ven;
soy la sombra de un amor que fue fatal;
mi corazón ya no sabe quién fue quién
desde que tu latir es algo irreal.

La pasión se murió recién sembrada,
y el tiempo se negó a alimentar su fe,
pues con tu muerte se quedó enterrada
y el corazón preguntándose el porqué.

Desde entonces, camino entre los días
como quien cruza un templo sin su altar;

rezo a sombras, a luces que no envías,
a un cielo que no me sabe contestar.

Le exijo a Dios con una fe agotada,
le pido cuentas, signos, algún misal;
si el amor es sagrado en Su mirada,
¿por qué lo condenó con este final?

La noche es un infierno interminable,
mi cama es un lecho frío sin tu voz;
abrazado al aire, frágil, culpable,
imagino un reencuentro sin tu adiós.

En mi interior te me mueres cada día
rememorando lo mismo cada vez;
digo tu nombre y ardo en agonía,
pues intento en tu deserción no creer.

Aunque duerma solo, yo te presiento
bailando descalza dentro de mi ser;
vienes llena de luz en mi lamento,
pero enseguida te vuelves a esconder.

La noche es tu dominio preferido:
vuelves a mí cuando me rindo al soñar;
me hablas en un silencio compartido
hasta que, al despertar, vuelvo a naufragar.

Cuando la noche se arrodilla ante mí,
con su reinado de insomnio y de temor,
tú vienes cuando me rindo y no puedo huir
mas me dejas desnudo frente al dolor.

Te sueño viva, intacta, sin herida,
acariciando mi frente al despertar;
pero al abrir los ojos a esta vida
me vuelves a condenar a no tocar.

Vivir se ha vuelto un acto involuntario;
respirar es una forma de penar;
quererte es mi pecado cotidiano,
porque olvidarte sería renunciar.

Te siento dentro en cada gesto que hago,
en cada sonrisa rota a la mitad;
existir se volvió un largo letargo,
donde el amar es volver a agonizar.

Me hundo muy hondo en mí, sin resistencia;
la depresión me llega en mi soledad;
¿por qué diste amor en efervescencia
si el cielo ya te llamaba en tempestad?

Dicen que el alma aprende siendo herida,
que el duelo es sólo una forma de ascensión,
pero esa fe se queda mal vestida
cuando sangra tu nombre en mi corazón.

A veces, creo escucharte entre rezos,
tan ligera como un soplo en el cristal;
al final, tu ausencia no está en tus besos,
sólo es otra forma de amor magistral.

Paciente, cargo el día con más calma,
aunque me aprisione el aire al respirar;

si estás intacta en otra luz del alma,
nunca podrá ser en vano tanto amar.

No es homicida el ansia de alcanzarte,
me salva el imaginarte en plenitud;
si existe un más allá donde encontrarte,
me dirijo hacia él con lenta rectitud.

Si existiera un cielo hecho de memorias,
guárdame un sitio en el borde de tu voz;
llegaré agotado por mil historias,
y de rodillas me pondré ante tu dios.

Mas si no hay cielo y todo fue este duelo,
habré vivido fiel a mi corazón;
pero si hay un abrazo tras el velo,
allí comenzará nuestra eterna unión.

Porque amarte es morir sin despedida
y, al mismo tiempo, un acto de creación:
mi amor va más allá de cualquier vida
para merecerte en otra encarnación.

Pues si por amarte fue mi condena,
también fue mi recuerdo más redentor;
ahora, mi vivir es cargar la pena
de sobrevivir tan lejos de tu amor.

En mí, la fe se quiebra, se arrodilla,
se vuelve una pregunta sin contestar;
mi alma es como un país sin maravilla,
donde existir desconoce continuar.

He dialogado a solas con la muerte,
le he pedido tregua, un gesto, una señal;
me mira conociendo que la suerte
ya escribió esa partida en letra final.

Si la muerte resulta ser un puente,
según nos dice el miedo al anochecer,
guárdame a tu lado un sitio clemente,
donde pronto, yo, por fin, te vuelva a ver.

Quiero otra vez despertarme a tu lado,
oírte respirar, sentir tu piel en mí,
besar tus labios hasta estar ahogado
y ver tu sonrisa de Benamejí.

Y, mientras tú duermes, comerte a besos,
sin que del sueño te hayas despertado;
hacer los sueños tuyos embelesos,
que conviertan nuestro amor en aliado.

De la mañana hasta llegar la noche
nos refundiremos en uno solo,
sin que nos aleje ningún reproche,
para así florecer como un gladiolo.

Quiero escribir tu nombre en las estrellas,
mostrado en la tenue luz de la luna,
ellas serán avergonzadas doncellas,
envidiosas de tener mi fortuna.

Sentir aquellos besos mañaneros,
para despertarme otra vez junto a ti,

con los cuerpos en abrazos guerreros,
que nuestras ilusiones quieren vestir.

Que acaricies mi pecho con ternura
y me sienta entre tus brazos amado;
besar tus labios y piel con locura
en esa intimidad que hemos creado.

Juramos en la eternidad amarnos,
que nuestras sombras serían sólo una;
mas la muerte te cogió de las manos
y la eternidad se aplazó en hambruna.

Sueño percibir el olor de tu piel,
rodeados por el amor y la pasión;
que te renuevas en mí cual cascabel...
¡Sueño! que ya sólo raya en ilusión.

Nos veríamos en nuestro atardecer,
tan sólo dedicados a nuestro amor,
robándole horas al tiempo, sin correr,
embelesados con pasión y fervor.

Si pudiera dibujarte en mis sueños,
disfrutaríamos los dos con pasión
y, acurrucados los dos con empeño,
sedientos, beberíamos corazón.

Mientras llego a tu lecho en la eternidad,
para yo embelesarme en tu hechizo,
imagino tu cara con ansiedad
y tus labios en beso visualizo.

Tú vives mi sueño más ansiado,
y siento que tus brazos me rodean;
poder dormir unido al cuerpo amado,
liberado de sombras que me acechan.

Juntos recogeremos las caricias
que tu pronta muerte nos arrebató;
apuraremos todas las delicias
que, por tu muerte, ninguno disfrutó.

Tendremos amor y entrega pasional;
somos almas nacidas para amarse.
Cada noche soñar juntos al final
y al amanecer volver a besarse.

Despertarme cada día a tu lado,
en los brazos de lo que más anhelo;
sentir latir mi corazón ajado,
como si lo abrazase un terciopelo.

Pero con tu muerte se acabó todo:
besos, abrazos, caricias y pasión;
la noche se hizo triste como lodo,
y la oscuridad llenó mi habitación.

Desde entonces, supero cada día
como quien cruza una calle en oración;
si tu voz no mintió en la lejanía,
mi amor nunca fue un error o una prisión.

Pero me paso cada noche y día
como quien cuida un fuego en la tempestad;

mas, si tu amor persiste todavía,
mi pena no durará una eternidad.

No busco mi muerte para alcanzarte,
ni me aparto de la vida por dolor;
camino fiel al hilo que me ataste
con la ternura intacta de nuestro amor.

Si hay un lugar sin tiempo ni frontera,
donde las almas se vuelvan a encontrar,
llegaré con mi enseña duradera
y, con ella, tú me sabrás encontrar.

Y si no consigo ese reencuentro,
te habré amado más allá de todo adiós;
pero si hay cielo al llegar a este encuentro,
allí seremos uno en lugar de dos.

SONETOS EXISTENCIALES

Vine solo a un mundo devastado,
con hambre de integrarme entre la gente;
mas fui lluvia cayendo lentamente
sobre un terreno con miedo abonado.

Me busqué en todo cuanto se ha creado,
para descubrir algo permanente:

amor y odio viven eternamente
y coexisten en el mundo habitado.

Darme era quedarme deshabitado,
morir en agonía permanente
hasta quedar totalmente vaciado.

Preferí tener soledad aviesa,
aunque me abrume y hiera eternamente,
porque existiré sin ser una presa.

.....

Latió lento el corazón desgastado,
latidos que sangraban en la mente,
en llanto que caía lentamente
gotas sobre mi espejo fracturado.

Soy sombra de un latido inacabado,
un náufrago del ser, ciego y doliente,
que abre su mente al terror persistente
por seguir vivo sin ser aceptado.

Soy pesadilla sin que exista nada,
latido que se imagina en su caída,
oración sin respuesta ni morada.

En una soledad incomprensida,
se rompe mi espejo y alma quebrada
al ser un sueño que pronto se olvida.

.....

Dormí dentro de mí, deshabitado,
con hambre de sentido entre la gente;
soñé que Dios lloraba lentamente
en frío mármol de un miedo heredado.

Fui la sombra de un rostro inacabado,
un fantasma que aparece indolente.
Descubrí que amar al mundo, consciente,
era salir de mí desmotivado.

Soy yo contra el abismo de mi alma,
un pulso sin refugio ni certeza,
un grito arrodillado ante la calma.

Y en esta soledad que me atraviesa,
me rompo, agonizo, sangro y exalto,
porque existir es arder sin promesa.

NORMAS QUE HIEREN

Con cien mil normas clavadas,
que muerden mi pensamiento,
cual reloj en su momento,
vivo en horas amargadas.

Mi pulso late enfadado,
en respuesta prisionera

de tanta norma y quimera,
con un aullido desfasado.

Dicen cuándo y a quién amar,
de modo exacto y sellado;
sueñan haber despertado
sin comprender lo que es soñar.

Duermo en ciudades quemadas
por la obstinación y el ruido,
que mi pecho ha decidido
mantenerlas alejadas.

La cordura es como un traje
prolijamente planchado,
pero demasiado usado,
que pudre el peregrinaje.

Vivo atado a viejas normas.
Estoy preso de lo ingrato,
que me aprieta con maltrato
y promete nuevas formas.

Pronto el alma se deforma,
marcada por el mandato,
con relojes sin recato,
que sangran sin una norma.

El sueño no se conforma.
La razón muerde mi estado,
como cuervo encapotado,
en lucha contra la norma.

Con el miedo haciendo estragos,
mis deseos son contrato
sujetos hoy al decreto
de soportar sus enfados.

He contemplado a Dios fumar
tras un espejo quebrado,
como un cuervo accidentado
bebiendo el oleaje del mar.

Agudo graznó: “sé normal”;
y yo reí deslenguado
sin parecer educado,
porque lo eterno no es formal.

Vi a Dios reír tras los rezos
y a la muerte en un mal rato,
con su risa sin recato,
burlándose de los necios.

Me gritó: “obedece normas”;
me llamó anormal e ingrato;
y rompí su viejo trato
y mordí sus falsas formas.

Amo y odio sin reformas.
Soy la llaga que maltrato;
soy mi juez y mi retrato;
soy mi herida; soy mis normas.

Sé que amo y detesto al tiempo,
como un juez que ha renegado

y es reo de lo deseado
cuando se lo lleva el viento.

Quiero permanecer sin huir;
pertenecer, como el resto,
a normas que dicta el gesto
y, por fin, dejar de inquirir.

Si vivir exige formas,
si existir exige trato,
arderé sin un contrato,
si elijo seguir sin normas.

Respirar lo ya pactado,
ser rey inclasificable,
delirio menospreciable,
pero animal indomado.

LA PUERTA

¿Qué se esconde tras la puerta?
¿Por qué cierra este pasillo?
¿Por qué no tiene un pestillo
y dudas en mí despierta?

Camino por un pasillo
sin puertas ni una ventana;

cerrando el paso, liviana,
una puerta sin pestillo.

Lo preside cual decana
que guarda horrible secreto,
armario con esqueleto
o una fortuna cercana.

Sólo yo tengo la llave,
mas no sé lo que encontraré;
respuestas que descubriré
con una desazón grave.

¿Será perdón o castigo?
¿Habrá un cielo o un infierno?
¿Qué me aguardará allí dentro:
ser rey o ser un mendigo?

Es muy largo este pasillo,
largo y en semipenumbra;
una débil luz lo alumbra
con su mortecino brillo.

Mi sombra se multiplica,
va delante, atrás y al lado,
dejando el miedo sembrado
en mente que mortifica.

Camino lento, cansado,
perseguido por mis sombras,
que me muerden como cobras
y dejan atormentado.

El pasillo parece arder
y estrecharse a cada paso,
con preguntas que retraso
y respuestas sin conocer.

En mi mente luce triste
un final gris y cerrado,
en pensamiento atrapado,
que mi imaginación viste.

Al fondo yace sellado
el umbral que me desvela,
con un secreto que apela
a mi cuerpo atormentado.

Imagino bien guardado
poder, perdón o agonía,
y paz que me salvaría
de este barro encadenado.

Pienso en gloria o en pecado;
cuántas posibilidades,
cuántas oportunidades,
frente a un sino firmado.

Me muestra mi cobardía,
desata mi imaginación;
veo mi baja condición
y falta de gallardía.

Cuando al fin, ya derrotado,
meto la llave y confío,

cede sin un desafío,
sin rugido ni llamado.

No hay monstruo ni milagro;
sólo encuentro mi osadía:
mi vida es lo que escondía,
el peso de lo vivido.

Y al fin veo, recogido,
con el pulso desarmado,
que no hay un juez designado,
es el corazón herido.

Es el juez más entendido
el que nos juzgará al final,
pues sabe el trayecto vital
y todo cuanto has perdido.

DEFINICIONES

Vivir:
es morir cada día.

Morir:
perder la luz que guía.

Amar:
un capullo que se abre.

Odiar:
pedregal que se cubre .

Gritar:
decir lo que se encubre.
Llorar:
un rocío salobre.
Reír:
alegría y deseo.
Sentir:
revisar un chequeo.
Comer:
saturar estómago.
Beber:
suavizar esófago.
Picor:
un cepillo que rasca.
Dolor:
tragedia que se masca.
Ardor:
fuego que no se apaga.
Calor:
la desnudez amaga.
Frío:
descubrir nieve y hielo.
Brío:
desafiar al cielo.
Temor:
miedo y deseo juntos.
Clamor:
cien reproches ocultos.
Nacer:
aprender la realidad.
Placer:
mendigar felicidad.

EL CAPULLO

Cuando el capullo al alba se desflora,
su luz comienza a hablarle lentamente,
pulsando al alma con temblor naciente
su belleza en silencio hora tras hora.

Se expande con pulcritud que enamora,
igual que un sueño frágil y turgente,
y el mundo se hace puente, de repente,
entre lo que se oculta y lo que aflora.

Mi corazón, al ver tanta osadía,
se quiebra como zozobra en mal sueño,
llena de estrellas y melancolía.

Porque en la flor la vida es revelada;
vivir es florecer, aunque nos duela,
con su luz en el alma desatada.

EL ESPEJO

El espejo dicta sentencia
con la imagen que refleja:
rasgos duros son una queja;
si son blandos, buena conciencia.

Antaño mi piel era tersa,
mi cara atraía mujeres;
pasaba el tiempo entre placeres
con mi conciencia perversa.

Ahora que veo mi sentencia,
entre plata y sal quebrada,
cada arruga es una jornada
llena de desobediencia.

No ha sido la edad quien me venció,
fue el peso de mis actos;
viví, cubierto con ornatos,
el placer que nunca cesó.

Ayer me miré en el espejo,
reflejó un rostro ajado,
con surcos de paño estrujado
y las facciones de un viejo.

Mi cara observé, fiel reflejo,
con sus grietas del pasado,
donde la arruga es un pecado
oculto en azogue viejo.

Su vidrio me observaba cual juez,
pues cada surco es memoria,
cada grieta cuenta una historia
que la vida firmó al revés.

No envejecí: fui revelado
como un retrato en penumbra;

en mi rostro vive la sombra
que el alma dejó a un lado.

Era joven al mentir amor,
hermoso al negar la culpa;
mas mi piel no pagó la usura
del goce vestido de honor.

Fui virtud cuando me miraban
y vicio sólo conmigo;
di amor por miedo al enemigo
y odio a aquellos que me amaban.

Virtud vestida de deseo,
vicio con rostro dorado;
amé dando sólo pecado
y odié creyéndome ateo.

Escondí mi odio en terciopelo,
lo llamé razón, justicia;
la venganza fue una caricia
que me arrojó desde el cielo.

Como Dorian Gray ante el lienzo,
huí de una verdad temblona;
pero el tiempo nunca perdona
ni al semblante ni al silencio.

En mi lienzo, oculto en mi prisión,
tuve rencor y venganza;
brindé amistad sin esperanza
y pagué el amor con traición.

En mi cuadro, maldito y mudo,
bebí gracia sin conciencia;
posé en el lienzo mi violencia
y al rostro dejé desnudo.

La amistad fue frágil moneda;
el amor, pacto sin puerto;
quise vencer creyendo incierto
que el tiempo todo lo enreda.

Hice amigos en servidumbre
y enemigos por reflejo;
mas, cuando miré algún espejo,
vi mi soledad sin lumbre.

Mi fortuna ardió como incienso;
el fracaso habló despacio;
y, cuando perdí todo espacio,
valoré más el silencio.

El éxito fue un dios prestado;
el fracaso, mi confesor;
y perdí el brillo y hallé el error
cuando ya estaba agotado.

Gloria con máscara prestada;
fracaso, maestro severo;
vendí amigos por un dinero
hasta no quedarme nada.

El tiempo no castiga al cuerpo,
castiga al alma que aplaza;

la juventud no reemplaza
un corazón que está muerto.

Hoy sé que el mal deja señales
aunque se oculte en belleza,
pues solamente la nobleza
no envejece en los mortales.

Y sé que el mal no siempre grita;
a veces, besa, acaricia;
y el bien no promete justicia,
sólo una paz infinita.

Que la belleza huye del tiempo,
sólo queda en la mirada;
no hay juventud que valga nada
si el alma muere por dentro.

No es bueno lo que más deslumbra
ni malo lo que más duele;
sólo vive bien quien se atreve
a no mentirse en penumbra.

No es vida ignorar a los demás,
ni muerte pensar sobrado;
vive bien quien ha aceptado
ser verdad, aunque duela más.

MENOPÁUSICA

Soy como una casa ardiendo sin señal,
con las ventanas cerradas al pasar.
Por fuera, firme, con una luz normal,
pero por dentro en brasas sin apagar.

Soy una tierra reseca tras el sol,
que espera ansiosa la lluvia, no el perdón;
rota y agrietada, pero aún con su voz,
que busca encontrar un brote de emoción.

No soy ya la de antes, no soy yo misma.
Mi cuerpo no es el mismo, soy ajena;
esta falta de energía me abisma...
¿De dónde sale este calor y pena?

De pronto, me arde el cuerpo sin aviso,
lleno de ocultos sofocos sin razón,
en llamaradas, sin un preaviso,
y sonrío y reniego en el corazón.

Siento arder mi cuerpo sin una razón.
No es por tener fiebre, es miedo indeciso,
perdido donde se oculta la aflicción
que fluye dentro de mí sin permiso.

Muy despacio me quema todo el cuerpo.
Sonrío en una actuación de distracción
y, así, este fogaje mudo e incierto
lo disfrazo entre las grietas de emoción.

Es muy agotador fingir que estoy bien
si siento ahogarme en tanto sofoco,
como si la calefacción está a cien
o encima tuviera encendido un foco.

Me asaltan temblores y escalofríos,
arropados con sudores nocturnos,
que acaban en completos desvaríos
entre el peso, dietas y mis ayunos.

¿Por qué nos ocurre esto a las mujeres?
¿Por qué este castigo y este suplicio?
Los hombres nunca pierden los papeles,
sólo engordan y envejecen por vicio.

Pronto avejentamos nuestra belleza
y con ella perdemos la autoestima.
¿Estos cambios están en mi cabeza
o es realidad que mi piel lastima?

Debo empezar a cuidar más mi cutis;
la imagen que vean es importante;
si dejas de gustarles, hacen mutis,
y si estás gorda, cogen el portante.

¿Sólo vale mi condición física,
sólo el aspecto exterior, no el yo interior?
Me siento invisible e incomprendida.
Soy flor marchita que muere en tocador.

Todas las noches fluye y suda mi piel,
insomne, rota, airada y sin dar cuartel.

Mi cuerpo es pura sensación, me es infiel
con cualquier deseo muerto dentro de él.

De noche, mojo de sudor mi colchón,
me tiembla la carne sin ningún pudor.
Ya no duermo, porque tiembla el corazón,
y mi sueño huye al sentir tanto dolor.

Humedezco con mi olor las sábanas,
sudor de miedo y pérdidas de control.
La eterna noche me acuna con nanas,
que mi diario insomnio inspira en su crisol.

A diario, me pesan piernas, piel y voz,
pues hace tiempo el cuerpo me traicionó.
La balanza me pesa y dicta feroz
la sentencia muda que me despojó.

Debo empoderarme ante la madurez.
Mi hogar rehúye ver lo que me pasa;
minimiza, no cree en su validez,
y busco llamar atención en casa.

Reviso mis sueños y frustraciones,
todo lo ocurrido en mi matrimonio.
Tendré que desechar mis ilusiones
y priorizar cuerpo y su patrimonio.

Se me entumece y pica incluso el pelo,
con salvas de honor en los brazos y pies.
El cuerpo me avisa del pronto duelo,
de que ya no soy, ni seré, la de otra vez.

Me cosquillea el alma bajo la piel
con descargas que cruzan mi cuerpo y sien,
y hormigueo de migraña y miedo cruel,
que en el cuerpo grita, aunque lo calla fiel.

Ahora me pesan huesos, la piel y edad;
soy la culpable de engordar sin comer;
que cambie mi cuerpo sin tener piedad
y el espejo deba desaparecer.

Mi esposo pronto buscará otra mujer,
alguna más joven y complaciente;
sentirse joven y conseguir placer
en lecho de amante resplandeciente.

Siento algunos cambios en mi piel y uñas,
que peligra mi equilibrio emocional;
no puedo gestionar, vivo entre brumas,
y tanto estrés me hace ser sentimental.

Tengo la sensibilidad a flor de piel;
en lo más trivial me afloran lágrimas,
que procuro ocultar de crítica cruel
y de miradas llenas de lástima.

Es molesto sentir palpitaciones,
esta fatiga y pérdida de interés,
esta baja autoestima y depresiones;
desesperanza de lo que habrá después.

Olvido las fechas, los nombres, la voz,
la mente cae en apagón, baja el telón.

La niebla me roba mi pensar veloz
y dudo hasta del latir del corazón.

Con niebla y los olvidos pierdo el hilo,
me busco entera pero ya no me hallo.
Tengo nebulosas hasta en el filo
y, rota, debo pesar cuanto digo.

Tengo estallidos de ira sin compasión.
Estallo enseguida, seca, sin control,
y lloro arrepentida de corazón,
ocultando el rostro como un caracol.

Mis hijos, asustados, ven mi explosión,
se quedan sorprendidos por mi temblor;
yo escondo el daño que he hecho en el perdón
y oculto mis lágrimas llena de amor.

¿Qué es lo que me hace ser tan irritable
y al mismo tiempo estar triste sin razón?
Pierdo la paciencia en forma culpable;
todo molesta y despierta irritación.

Ahora tengo menos deseo sexual.
La sequedad vaginal es molesta,
me fastidia cualquier encuentro sensual;
es doloroso y yo no estoy dispuesta.

No me apetece complacer a nadie,
prefiero que aprendan cómo escucharme,
que no actúen como si nada cambie
y comiencen a ayudar y aceptarme.

Mi esposo busca en el lecho y yo me voy
con corazón y piernas, sin deseo;
mi cuerpo cumplirá, pero yo no estoy;
me esfumo y cierro el alma que poseo.

Mi esposo me roza, busca y yo no estoy,
mi cuerpo cumple, pero mi mente no.
Me entrego fría, ni caricias le doy;
ser su esposa me pesa más que ser yo.

Esta apatía produce despecho,
pero es más fuerte el clamor de mi mente.
Él buscará placer en otro lecho,
que lo alejará muy probablemente.

Pero duele mucho decir sí sin piel,
sin lubricación, ni desear arder.
Él me usa y yo me presto por el deber,
y siento que algo se muere cada vez.

Me duele muy adentro decirle sí
cuando mi mente y piel sólo quieren huir.
La sequedad me araña y me duele ahí,
pero el matrimonio me hace consentir.

Hay días muy tristes, llenos de ansiedad,
con angustia y miedo a verme envejecer;
sensación que oprime el pecho sin piedad
y obliga a aceptar ser menos mujer.

Me invade el miedo a dejar de existir,
que no me vean, no guste y no valer.

¿Con esta tristeza aprenderé a vivir
dentro de mí, muy honda, sin perecer?

Menstruo a ratos; luego, en los otros, no;
desaparece mi ciclo, dice adiós,
mi sangre duda, irregular, como yo,
y mi alma y mente se encomiendan a Dios.

Mi menstruación, que juega al escondite,
va y vuelve sin definitivo partir.
Se va mi ciclo y yo me quedo al quite
y aprendo a desaparecer sin sufrir.

Me hablo al espejo en completa soledad,
me nombro fuerte para encontrar piedad.
Resisto y mantengo muda dignidad,
aunque hacerlo me ahogue en la oscuridad.

Pienso que, si un día dejo de fingir,
me podré nombrar entera al existir.
No admito ser derrota y dejar morir:
sólo ha cambiado mi forma de vivir.

Debo recoger el cuerpo de mi ayer
y darle mimo, descanso y no desdén.
Ya no seré igual, pero estaré de pie;
aunque para hacerlo deba ser rehén.

Y necesitaré parirme otra vez,
reunir despojos y disimular,
hasta que esta vorágine se pase
y mi antigua vida vuelva a emular.

EPÍLOGO DEL “CORNETA”

Melena rubia, labios fruncidos;
bronceado por color rojo de ira;
pulgar hacia arriba con mentira;
ojos de azul tormentoso, huidizos.

Junto a su *miss vedette* modelo,
que es ¿hija adoptiva o una esposa?
pues la utiliza como una cosa,
como lo haría un ufano abuelo.

Algunos lo llamaban trompeta,
pero se quedó sólo en corneta,
aunque más parece marioneta
al hablar como una vinagreta.

Hasta el rojo azafrán se avergüenza
al contemplar su rostro agresivo,
ladrando como perro aprensivo
con su maquillaje de aspereza.

El Pato Donald se ha renombrado,
y su nombre ya no será el mismo,
por si alguien confunde su cinismo,
pues él es hombre muy resabiado.

Estima que es dios omnipotente,
sin ley, sólo sujeto a su moral,
desatando tanta fuerza mortal,
que la gente susurra impotente.

Dice: “lo de los demás es mío,
porque ahora yo soy el más fuerte;
borraré el mundo con aguafuerte
hasta que me ovacione el gentío”.

“César, el emperador, es poco,
pues mis ambiciones van más allá;
hasta Napoleón me envidiará,
porque todo el mundo yo trastoco”.

Al lado, su perro guardián ladra,
comprado en Apeninos o Cuba,
que en su jauría toca la tuba
aguardando a ser quien lo descuadra.

Le llaman rubio, aunque es moreno,
y con otros forma un triunvirato:
Pedro Ximénez, gran timorato,
y Juanchito, apodado el veneno.

¡Qué gran inmobiliaria es el mundo!,
dirá cuando lo expropie el corneta,
y los expandirá con su jeta,
furioso rostro del inframundo.

En cualquier lugar mete su zarpa
enviando a muchos de sus esbirros;
el mundo lo observa entre suspiros
y sueña con lavar su zurrapa.

El tiempo repetirá su historia,
cuando pierda corona y su trono,

ego maníaco con encono,
que siempre afrentará la memoria.

Pasará como todo en la historia:
el tiempo en polvo lo convertirá
y en los libros su vida archivará,
para mostrarnos su trayectoria.

**A quien interese: no confundan fábula impersonal con libelo o
personaje real, aunque alguien pretenda buscar parecidos. En
España hay un dicho: “Quien se pica...”
(Madrid, a 11 de enero de 2026)*

EL POETA CAUTIVO

Hubo un poeta deslenguado
que por contar lo encerraron
y al decir lo que callaron
lo hicieron un condenado.

No escribió nada inventado
ni poetizó por diversión:
sólo nos mostró la ambición
del mediocre encaramado.

No fraguó ningún pecado
ni blasfemó contra el clero;
sólo puso ante su espejo
al soberbio disfrazado.

Habló del cargo elegido,
del despacho bien mullido,
del discurso repetido
con aplauso sometido.

Pintó al líder aseado
con promesas sin un rubor,
y al camaleón del color
según sopla el resultado.

También habló del mercado
donde se compra la opinión,
se subasta toda razón
y se aplaude al más pagado.

Hizo burla del tocado,
de su apariencia y su sillón,
y al que mandaba sin razón
lo dejó bien retratado.

Dijo del pueblo cansado,
que aplaude al mismo verdugo
porque acepta más el yugo
y su abuso bien sentado.

Y en letras fue más osado:
rió del verso hueco y frío,
del poeta con padrino
y del premio amañado.

Se mofó de aquel jurado
que no lee lo que premia,

y de la crítica tibia
con su colmillo alquilado.

Cada verso era un recado
con sonrisa y doble filo;
quien vivía del sigilo
se vio pronto señalado.

No dio nombres, bien mirado,
pero el traje coincidía:
cada aludido sabía
que iba en copla retratado.

No dio nombres, cierto es dado,
pero el guiño es suficiente:
el aludido, indecente,
gritó al verse retratado.

Por eso fue denunciado
con exultante indignación:
“no es sátira, es una agresión”,
dijo el soberbio indignado.

Así, el chiste fue juzgado
como crimen y herejía,
y la sátira del día
se volvió causa de Estado.

Y nuestro bufón, juzgado
por su crimen y su traición,
y al poeta por su comisión
lo encerraron con candado.

Aunque hoy el poeta, encerrado,
sigue escribiendo bajito,
sabe que el verso maldito
es el verso más temido.

Hoy, el poeta, aunque encerrado,
se ríe aún tras los barrotes:
sabe bien que los azotes
temen siempre al verso agudo.

Porque al poder más armado
nunca lo hiere la razón,
sino verse en una canción
mal pintado y recordado.

Porque al poder bien blindado
no se le tumba con verdad,
pero tiembla con ansiedad
al verse tan parodiado.

VIGILIA INTERIOR

Hago el examen interior del alma;
vigilia que apaga sueños y anhelos
al tiempo que destruye los recelos,
llenando el corazón de paz y calma.

Bajo un sayal de sueño me arrodillo,
celda interna de cal y pensamiento;
rancidez que destila sufrimiento
y el alma sangra al verse en su cuchillo.

En la cripta del pecho arde, en silencio,
la oscura lámpara del pensamiento
donde el tiempo se pudre en su lamento
y el yo es sombra que cae en precipicio.

En silencio se aquieta el movimiento;
la prisa cae al suelo como polvo;
suspira el alma sin ningún rescoldo,
y el tiempo disuelve cada momento.

El corazón deja de ser mezquino,
se pierde lo místico y lo blasfemo,
bendición o maldición sin baremo,
uno mismo con su conciencia y sino.

Desfilan culpas, vicios, desvarío,
fantasmas del deseo y la impostura;
sin una fe ajena, máscara impura
del mundo, coro hueco y mercenario.

A solas, sin testigos ni argumento,
el ser se examina limpio, hondo y sobrio;
no rehúye el dolor ni busca algún logro,
lo abraza y transforma en conocimiento.

A solas, juzgando su propio juicio,
el alma encuentra un hondo desaliento;

no hay dios que hable, ni eterno firmamento;
tan sólo un pulso antiguo y subrepticio.

Meditar es contemplarse sin perdón,
palpar la llaga viva del recuerdo,
lograr conseguir un íntimo acuerdo,
y escuchar cómo se quiebra la ilusión.

Es verse agonizar sin un ataúd,
hacerlo sin omisiones ni amigos,
descender a tu abismo sin testigos,
beberse la propia noche con quietud.

No exige templos, dogmas ni plegaria,
aunque en la fe algunos hallen camino;
su paz no distingue credos, ni sino,
sólo pretende no ser tu adversaria.

Al regreso traes quieta lucidez:
no fe, mas sí un temblor desconocido
que al alma muestra cuánto ha perdido
y la bondad asoma con timidez.

Es poder entrever nuestra luz diaria;
un lento regresar hacia uno mismo,
sin intermediarios, al ver su abismo
como velatorio en la funeraria.

Mas cuando caen fe, disfraz y acuerdo,
brotará un llanto sin nombre ni razón,
que te limpiará el alma y el corazón,
desnudando al ser imperecedero.

MISERIA DE LA CIUDAD

La ciudad vive en neón,
con luces de oscuro gris;
ríe el mal con devoción
y escupe al cielo en un tris.

El deseo arde lento
bajo vitrales de bar;
su luz muerde el aliento,
como un rezo secular.

Hay ángeles de humo y cal,
diablos de luz cansada;
Dios se acuesta en un portal
con la fe prostituida.

Lector, lee sin pudor:
tu espejo no es mi herida.
Lo divino pide amor,
lo maligno, tu vida.

Lo dejo, cae el telón.
Queda a oscuras tu cruz.
La verdad pide razón,
ya no queda alguna luz.

LA PALABRA

Mi palabra es voz en estos poemas;
voz desnuda que se puede tocar;
herida profunda ante los demás,
que por edad nadie quiere escuchar.
No escribo sabiduría extrema,
ni la negarán eternamente,
porque su razón a algunos quema
y mi voz quedará permanente.

La palabra será dura o blanda
según en el contexto que se haga:
para algunos es flor de lavanda
y a otros quizá no satisfaga.
Pero esa flor se amustia y ablanda
si se usa mucho como una daga,
en lisonja que a todos comanda
o lágrimas que el ánimo apaga.

Difiere en la juventud y en la edad:
la una enardece, la otra cede;
mas nadie la oye ni tiene piedad.
Inflama, llora, ríe y procede,
pero para todos es nimiedad.
Se oye, pero ninguno la escucha.
Si es joven, porque no tiene edad,
y si es vieja, porque ya es escarcha.

Si yo gritara, ¿cruzaría el mar
ese grito grabado en mi herida?

¿Tocaría la sal de mi mirar
antes que el duelo apague mi vida?
Desconocía, preso del azar,
que el llanto nace al borde de caer
y las palabras en mudo sangrar
aprenden, al fin, a ser y a arder.

Habría umbral sin nombre ni simiente,
donde decir todo es permitido;
lo siento cercano y transparente,
aunque no conozca su sonido.
Donde el dolor se vuelva clemente
y el alma oiga lo que está latente;
no hay palabra o signo convincente
para seguir despierto y presente.

Toda flor se despide en su estación
y la edad renuncia a su certeza;
vivir es aceptar la mutación,
como el que ama sin tener firmeza.
Hay un hechizo en cada iniciación,
que al irnos nos sostiene y libera;
la vida no hizo hogar ni posesión,
sino camino, pulso y frontera.

Partir es ley del hondo corazón:
quien no se va, queda en su condena.
Yo, poco a poco, pierdo mi razón
y pronto romperé esa cadena.
Mi palabra morirá en su visión,
aunque demuestre alegría o pena.

De joven, por demasiada ilusión,
de viejo, por exceso de pena.

ÍNDICE

El alma.....	7
Las tres rosas.....	8
Callé.....	10
Silencio de amor.....	11
Lisonjas de amor.....	12
Ramo que arde, vida que late.....	13
Diálogo entre almas enamoradas.....	17
Llanto del niño perdido.....	19
La ausencia.....	26
Raíces.....	30
El tiempo dormido.....	33
Alma en ruinas del ser que no es.....	35
Sueño del camino oscuro.....	39
Alud, avalancha de nieve.....	42
La leyenda de Dullahan, el jinete sin cabeza.....	51
Los lobos.....	61
Reflexiones en sonetos encadenados.....	72
Abstinencia.....	75
El duende de las castañuelas.....	82
Reproches de una hija.....	86

El lago de los cisnes.....	93
La orquesta.....	100
El manuscrito en el polvo.....	102
El tótem.....	104
La pesadilla.....	108
Amor inmortal.....	111
Sonetos existenciales.....	120
Normas que hieren.....	122
La puerta.....	125
Definiciones.....	128
El capullo.....	130
El espejo.....	130
Menopáusica.....	135
Epílogo del “corneta”.....	142
El poeta cautivo.....	144
Vigilia interior.....	147
Miseria de la ciudad.....	150
La palabra.....	151

Nacido en Madrid en 1947, A. Montefer dice ser “imaginativo, introvertido, impulsivo y visceral” y se define como “un actor con mil caras en público y camaleón en cualquier situación”.

Como escritor, prefiere permanecer “confundido entre la masa”, para salvaguardar su intimidad y que sólo se conozca su obra, compuesta por una saga titulada EL MUNDO EL DESNUDO (*La semilla del odio, La siembra del odio, La germinación del odio y La cosecha del odio*), un auto sacramental, varias obras menores y otros tres poemarios: PIRUETAS POÉTICAS, MÁS PIRUETAS POÉTICAS, JUVENTUD Y VEJEZ, EMBRIAGUEZ POÉTICA y LUCES Y SOMBRAS.

Sobre SUSURROS DEL ALMA, el autor dice:

*¡Siempre a los pies de todo lo que existe;
con humildad hasta alcanzar sus bordes,
en fingido funeral que aún persiste
y elegancia teatral en sus acordes.
Hundidas en ocultos pensamientos,
recogéis su temblor y sus sustentos.*

*En la mágica comedia del mundo,
sois una diosa que alumbró el sentido;
sombras; maestras del callar más profundo;
muda ironía en rincón consentido.
Vosotras sois la escuela del sosiego
que quiso incendiar el día con fuego.*